

QUEVEDO COMO ESCRITOR POLÍTICO.

En descoyuntar y desnaturalizar á su antojo las grandes figuras históricas y literarias, han puesto siempre tenaz empeño la ignorancia y la malicia: aquella, por instinto ciego y baladí; ésta, con siniestra intención. Ambas al servicio de la mentira y del error, manchan cuanto tocan; y sin tregua porfían ambas porque el mundo progrese hasta la barbarie y el caos; porque vuelvan los tiempos en que nuevos Pilatos pregunten curiosos é ignorantísimos: «¿Qué cosa es la verdad?»

A tener entendimiento para conocerla, corazón para amarla, ojos para ver su luz, ¿se hubiera atrevido el fanatismo luterano, en los frescos del Museo de Berlín, á barajar naciones y tiempos; á confundir á cristianos y fidelísimos varones con malvados y execrables herejes; á parodiar (¡caso miserable!) la *Escuela de Atenas* del inmortal pintor de Urbino, haciendo que en el cuadro de la *Reforma*, que llena la escalera de aquel Museo, sirvan de séquito y pedestal al inundo heresiarca de Wittemberg, nada menos que el autor de *La Divina Comedia* y el peregrino Luis Vives, y el fervoroso católico Miguel de Cervantes Saavedra?

Respecto de otro de nuestros más insignes escritores, corren también parejas la desvergüenza del incrédulo y la ignorancia del vulgo. Ni un punto se ha detenido impío britano, mercader de humana sangre, en tirar lodo á la cara de Quevedo; cuidando, por supuesto, así de callar lo firme y ardiente de su fe y el aborrecimiento que á los herejes profesaba, como de que no se tenga idea exacta del profundo filósofo, del preclaro teólogo, del ingenio felicísimo, en quien se compendieron las gracias y la ciencia de los antiguos, iluminadas por la más

acendrada y cristiana piedad de nuestros siglos de oro. Para aquellos libreros y traductores de Albión no existen las obras ascéticas, filosóficas y políticas de Quevedo, sino sus romances libres, sus chistes desenfadados, sus sueños atrevidos. Pero como no hay frescura igual á la de fanáticos protestantes, no se tradujeron allí estas obras satírico-morales de Quevedo: sino que se refundieron y falsificaron, presentándole como furibundo sectario de Calvino, implacable enemigo de la Cátedra de Pedro, despeñado propagandista de todos los errores. ¡Al varon de más arraigadas creencias, al mayor enemigo de todas las heregías, al súbdito más obsecuente del Vicario de Cristo!

Mientras tanto, para el vulgo español se ha solido hacer pasar á Quevedo como un grotesco payaso, un bufón desvergonzado, un truhán decidor, un hombre de placer, de aquellos que en los siglos XVI y XVII tenían junto así alquilados los príncipes, en Italia, España y Francia; tales como nuestros Velasquillos, Zúñigas, Pablos y Mendocillas; y se le cuelga todo dicho characho, toda ineptia, toda truhanada, toda anécdota, no acudiendo á informarse en recónditos archivos y bibliotecas, sino barriendo la ociosa y voluntaria conversación de los cafés, tabernas y mentideros.

Aunados pues la ignorancia y la malicia, dos siglos hace, pugnan por desvirtuar la significación de este hombre eminente, alzando el grito para no dejar leer ni oír la mejor y más trascendental de sus obras, aquella en que señaló amplio y firme el único y solo camino por donde pueden llegar á vivir pacíficos y felices los pueblos; aquella que se intitula *Política de Dios, Gobierno de Cristo, Tiranía de Satanás*, libro dividido en primera y segunda parte.

Cuando Quevedo publicó su excelente obra de la *Política de Dios* en el año 1626, no pensaba que tuviera segunda parte. ¿Por qué se resolvió á escribirla? ¿Había necesidad de este complemento? ¿Cuál es la índole de ambos libros? ¿Por qué en vida de su autor no se imprimió el segundo? Contestaré á todo.

Vino á sugerir la que hoy se llama primera parte, el contemplar la ceguedad y vicios de los ministros de Felipe III,

cómo abusaban de la bondad del soberano, de qué modo saqueaban la nación y la ponían al borde del precipicio; y cuán á mano estaba el remedio: con sólo seguir la pauta señalada por el Divino Redentor á príncipes y vasallos.

Quevedo había tenido ocasión de ensayar por sí mismo los quilates y eficacia de esta fecunda política, siendo tres años huésped y favorito del Duque D. Pedro Tellez Girón, Virey de Sicilia. Entonces el Duque hacía muy singular aprecio del ingenio y ciencia de su amigo, respetábale, seguía fielmente sus consejos; y con ello adquiría envidiable reputación, cautivaba el amor de los súbditos, obligaba á su Rey, abríase las puertas del Gobierno de Nápoles, y ganaba en toda Europa el renombre de Gran Duque de Osuna. Su excelencia creyó propia aquella luz prestada, se desvaneció desde tan alta cumbre, cegó sus ojos el humo de la vil lisonja palaciega; cediendo á pérfidas sugerencias, se manifestó desabrido con Quevedo, sin ningún esfuerzo le alejó de sí; y al punto se desbocó, se desacreditó, echó por tierra salud, poderío, magnificencia de rey, felicidad y libertad, y vino á morir entre cadenas en inclemente calabozo. No cae de alta sierra descuajada la encina, sin llevar tras sí los arbustos que crecían á su alrededor: Quevedo fué perseguido por amigo del Duque, y preso en su torre de Juan Abad.

Allí borrajaba el libro de la *Política de Dios*, cuando á 5 de Abril de 1621 supo la muerte de Felipe III, la caída de sus hechuras, que aparecía la aurora de un nuevo reinado, de un Monarca lleno de ilusiones, joven, entusiasta y poeta; y valiéndose de ocasión tan propicia remitió al privado D. Gaspar de Guzmán, Conde de Olivares, los veinte y un capítulos que llevaba escritos. Aunque no tan pronto como esperaba logró al fin libertad, un lugar en la estimación del soberano, entrada en palacio, y ánimos para dar á la estampa su obra.

Tenía ésta el sello de quien sabiamente se propone herir la adiestrada memoria del lector y hacerle recordar por sí mismo hombres y cosas, empeñándole así en buscar en la propia observación y experiencia la importancia y exactitud de la doctrina. Pero como casi todos los tiempos se parecen, el libro

escrito en 1617 ante el magnífico espectáculo de un nuevo Virey de Nápoles ansioso de ser justo y elocuente; el libro, crecido entre los desengaños posteriores, y echado á volar cuando todo iba otra vez por el derrumbadero, necesariamente había de despertar aplicaciones á lo que pasaba, y levantar fatigosa polvareda. Cada mal intencionado le vino á leer contra las personas que aborrecía; el vulgo le imaginó atrevida sátira política; pero no así el Monarca ni su favorito, que se creyeron fielmente retratados en lo bueno. Chillaron los áulicos, entre vieron una ocasión de medro en el alboroto, y comenzaron á disparar de mano y de molde, censuras contra Quevedo. Ninguna le dolió tanto en verdad como la del anciano y docto Jesuita, Padre Juan de Pineda, residente en el colegio de Sevilla. A esta contestó; contra esta buscó la aprobación y aplausos de dos varones respetabilísimos, también de la misma compañía de Jesús, los padres Urteaga y Castilla; y el amparo y autoridad del sabio Fr. Cristobal de Torres, lumbrera entonces de la religión dominicana y predicador de S. M. *El docto que advirtió*, y que sirvió de apoyo á los maldicientes, como parece de la advertencia «*A los doctores sin luz*,» en la primera parte, fué pues Juan de Pineda, el famoso comentador de Job.

Desaprobaba en D. Francisco el arrojarse á discutir sobre lo que no entendía, y á interpretar los sagrados textos. «Yo profesé (le respondió Quevedo á 8 de Agosto de 1626) en la Universidad de Alcalá Teología y Filosofía, y estoy graduado; fueron mis maestros el doctor Montesinos y el doctor Thenas y el Padre Lorca; no digo esto para la suficiencia, sólo para que vuestra reverencia sepa que aunque muy mal á su parecer, hablo en lo que he profesado.» Deshizo victoriosamente los cargos, aceptó la ignorancia que se le echaba en cara, y concluyó que suelen ignorar más los envidiosos que los ignorantes; pero en el final de la carta, en que verbenean frases durísimas (¿y cómo no, perteneciendo al irritable gremio de los vates?) protestó ser todas ellas «burla y responder, pues á tan docto censor tenía el respeto debido á sus grandes letras y muchos años y merecida virtud.» No puedo resistir al deseo de copiar otro párrafo de tan curioso y desconocido opúsculo: «Sola una pe-

sadumbre me ha hecho vuestra paternidad, y es obligarme á responder á un religioso de la Compañía de Jesús; cuya reverencia y respeto creció conmigo desde los primeros años; á quien debo, desde la Gramática, los estudios, y pudiera deber mucha virtud y grandes progresos si á sus diligencias no se hubiera opuesto mi incapacidad y distraimientos. Mas aliéntame que si vuestra paternidad es hijo, yo también. Vuestra paternidad está en la tutela y en la casa; yo fuera, con deseo de estar dentro. Vuestra paternidad está en la Compañía, y la Compañía está en mí y en mi corazón.»

Quevedo midió antes la grandeza del coloso con quien tenía que habérselas, refrescó sus estudios, acopió datos preciosos, no solo para la defensa inmediata sino para sustentar el empeño contraído. Desvivióse en buscar flancos vulnerables en el comento al *Libro de Job* de tan temible adversario, y entrar por sus obras á fuego y sangre, como táctica de guerra, muy ventajosa. Apercibióse, pues, bravamente; mas se hubo de convencer pronto de cuán sólida y merecida era la fama del Jesuita, á quien pasando por Évora de Portugal saludó con una oración el famosísimo colegio de la Compañía, haciendo después escribir en la pared del edificio como título de gloria: «*Hic Pineda fuit; aquí estuvo Pineda.*»

No empeñándose al fin la estéril y desconsoladora batalla, supo el adalid emplear discretamente los materiales con tanto afán reunidos; y hé aquí el origen de dos excelentes libros: el de *La constancia y paciencia del Santo Job*, comenzado á poner en limpio en 1631 y retocado diez años después; y la segunda parte de la *Política de Dios*, formada con ocho capítulos en 1634 y 1635; adicionada con quince más posteriormente, y no concluida nunca á gusto del escritor.

Con efecto, la materia no sólo no estaba agotada en la primera parte, mas ni aun desarrollada siquiera: nada se tocaba allí del origen y necesidad de la institución real, ni de las señas del verdadero Rey, ni de las sucesiones dinásticas, ni de las tumultuosas minorías, ni de las costumbres arraigadas en palacios y tribunales, ni de la provisión de los empleos, ni de los tributos y cargas del Estado, ni de los Consejos y Juntas,

ni de la paz y la guerra. Fué, pues, necesario é indispensable este complemento.

Una y otra parte difieren entre sí, porque no se escribe lo mismo á los 37 que á los 55 años, con ilusiones que sin ellas, ardiendo en esperanza el corazón ó duramente lacerado. Más vehemente y espontánea la primera, más sentenciosa é intencionada la segunda, utilísimas ambas. Propende la última á lo enigmático y afectado, y se deslustra con algún resabio de gongorismo, de que ya entonces no se libraba ningún ingenio; muestra no pocas veces el desaliño del borrador, ideas y aforismos repetidos sin grande novedad; junto á párrafos los más vigorosos y elocuentes, otros lánguidos y rastreros; y casi siempre un esmero cuidadoso en demasía, por evitar que pudiera malignarse que el repúblico tiraba á tejado conocido. Esto, sin embargo, no aherroja su lengua, á quien pone tanta libertad el razonar de la persona de Cristo. Es menos transparente, digámoslo así, la segunda parte que la primera, pero más útil y profunda.

Considerando esta obra colosal en todo su conjunto, forzo es decir que no tiene aquel orden y método en el plan y en el desarrollo de los discursos, que fuera de apetecer. Hecho el gusto del Luciano español á envolver en el desorden de un sueño sus sátiras político-morales, aveníase mal á reprimir el errático vuelo de su ingenio, y subordinar los impulsos vehementes y espontáneos de su inspiración á una traza preconcebida, á una división puramente didáctica de la materia, á distribuir los miembros en debida proporción, y venir de principios generales á la aplicación práctica de cuestiones concretas, íntima y lógicamente enlazadas entre sí. Quevedo comprendió además que escribía para imaginaciones meridionales, acostumbradas á ver de lejos, á salvar con prontitud y arrojo los espacios y á descifrar y adivinar con sola una palabra todo un sistema, todo el contexto de un libro. Quiso, pues, tener ocupados siempre el interés y curiosidad de los lectores en una selva de erudición y filosofía, de pensamientos admirables, de pintorescas descripciones. Acinó allí profusamente, con el objeto de labrar preciada corona, riquísimo tesoro de perlas

y diamantes; pero á mi juicio faltó el engaste y colocación armónica para el lucimiento del artifice; y la diadema quedó por hacer. Sin embargo, no fué esta la opinión de los contemporáneos, ni de los mismos implacables enemigos del escritor; los cuales en el diluvio de burlas disparadas contra la obra, jamás desaprobaban su plan. Nadie le ha censurado despues; y sin reparar en los que me parecen lunares, el estudioso, el repúblico, cuantos pretenden conocer la materia de Estado, acuden en todas épocas á este raudal inagotable de doctrina, de excelentes máximas, de provechosísimos advertimientos. La aplicación práctica del libro es de todos tiempos: siempre habrá fuertes y débiles, vicios y abusos, pasiones y crímenes, imperio y obediencia.

La primera parte de la *Política de Dios* fué dirigida al Rey; la segunda, al Pontífice: por esclarecerse en ella los más sublimes y trascendentales principios del derecho público y de gentes, de que los Romanos Pontífices habian sido moderadores en lo antiguo; y por ser en ella asunto no pequeño los deberes de los preladados y ministros eclesiásticos. Bien conocía el escritor que la lucha de la verdad no es sólo contra la carne y la sangre, sino contra los principados, las potestades, los dominadores de la tierra. «¡Grande batalla (exclamaba): Dios con el mundo, el espíritu con la carne, la verdad con la presunción, la Iglesia con los príncipes y señores del mundo!» Por eso, con tal vehemencia se empeña en pintar al Rey verdadero: «Quien á todos da y á nadie quita; quien á todos da lo que les falta; quien á todos da lo que han menester y desean, ese Rey es, ese es el prometido, es el que se espera, y con él no hay más que esperar. Pobladas están de coronas y cetros las acciones de Jesús. No dijo yo soy Rey, sino mostró ser Rey. No dijo yo soy el prometido, sino cumplió lo prometido. No dijo no hay que esperar de otro; sino obró de suerte que no dejó que esperar de otro.»

El libro permaneció inédito en vida del autor; y eso que estaba concluido el año de 1635, y refundido y completo el de 1644. Cuando, un año antes, salió del encierro de San Marcos de León el Job de los poetas españoles, estuvo muy lejos de

buscarse nuevas amarguras con una obra que podía ofrecer entonces ocasión de escándalos. Prefirió sacar á luz la *Vida de Marco Bruto*, cuyo pensamiento es indagar si puede una república restituirse al estado antiguo, perdidas las costumbres antiguas; y si allí habrá igualdad de derecho civil y estarán en su lugar las leyes, donde pelean y luchan millares de hombres, no por si deben servir, sino por á quien han de servir; y donde se cree que ahuyentando ó esterminando un tirano, ha de faltar otro que ambicione sustituirle. Teníala bosquejada desde el año de 1632, comentando el texto de Plutarco; parecía un estudio histórico y filosófico, no de política militante, y era menos ocasionado á sinsabores. Con razón, pues, al traducirle Teodoro Graswinckel en idioma latino, le intituló *Politicus prudens*; y bien necesitaba de prudencia el político fatigado, que no podía prometerse ya muchos meses de vida.

Diez años después de su muerte, en el de 1655, se imprimieron dedicadas á la Santidad del Sumo Pontífice Alejandro VII, las dos partes de la *Política de Dios y gobierno de Cristo, sacada de la Sagrada Escritura, para acierto de rey y reino en sus acciones*. Costeó la edición Pedro Coello; Marcos de Orozco grabó la portada del libro, representando en ella á Calíope, que se apoya en una lápida, en que aparece la inscripción y retrato del autor: al pie se ven esparcidos varios instrumentos músicos, y álzase en el fondo el alcázar de Madrid. Fueron censores D. Pedro Ruiz de la Escalera y el Padre Jerónimo Pardo; y mecenas de la obra el Duque de Medinaceli. Posteriormente, á 17 de Junio de 1658, alcanzó privilegio por diez años para imprimir todas las de D. Francisco, su heredero y sobrino D. Pedro de Alderete y Quevedo; quien de allí á dos meses le vino á ceder en el librero Mateo de la Bastida. Suyas conozco una impresión de 1662 y dos de 1666.

De la primera parte de la *Política de Dios* he manejado hasta ahora treinta ediciones, tengo noticia de siete más, y espero que mayores diligencias y fortuna de los bibliófilos llegarán á inventariar quizá doble número. Tanta fué la aceptación del libro entre los doctos y verdaderos amantes de la ciencia.

¿Y cómo no? ¿Cómo no ofrecer interés vivísimo una obra donde se busca y encuentra el norte fijo, seguro, de abundosa y verdadera enseñanza para pueblos y reyes, en el ejemplo y doctrina del Redentor del mundo? Si, como afirma San Gregorio, toda la vida de Cristo fué lección para nuestro enseñanza, ¿no será mayor para los potentados y príncipes, para repúblicas y gobernantes, como que á su conducta se arregla todo el orbe?

El Evangelio es el libro de gobernar: allí está la venturosa regla para hacer felices los pueblos, allí la única pauta para ajustar sus acciones monarcas y súbditos; allí los medios de afrontar los grandes peligros y resolver las situaciones difíciles. Los reyes comedores de vasallos, el magistrado supremo tirano ó ateo, débil ó esclavizado; los inquietos y serviles bufones de la plebe; los ministros y gobernantes desvelados en llenar sus bolsas y satisfacer con lo que se debe al mérito silencioso y humilde la codicia de estúpidos parientes, de parásitos aduladores, de lisonjeros asquerosos; los procuradores de las comunidades, que desangran y aniquilan á sus encomendados; todas las pestes, en fin, coronadas ó condecoradas que contra la humanidad desencadenan la infernal ambición y soberbia, la ingratitude y la avaricia insaciable, otro tanto es objeto del libro de Quevedo.

Por desgracia se suceden tiempos, que presumen de ilustrados y libres, en que *ilustración* es equivalente de hablar de todo sin saber nada, creerse sabios sin estudiar ni meditar, y suplir con la desvergüenza la falta de ciencia, y con la osadía el horror al estudio y al trabajo; tiempos en que *libertad* es abdicar el hombre de su propia dignidad, de su libre albedrío, de su propio juicio, de sus salvadoras creencias, y vender en treinta dineros el entendimiento poco ó mucho, la voluntad, la memoria, los deberes y hasta las mismas inclinaciones y afectos, por una fatal esperanza que se ha de lograr, si acaso, entre rios de lágrimas y sangre.

En esos tiempos no se quiere saber, ni estudiar, ni meditar con voluntad sana y juicio recto; no se adivina, no se siente, no se conoce la pura y santa complacencia de buscar las res-

plandecientes puertas del deber y de la paz y felicidad públicas, por el hermoso camino de la justicia y de la prudencia, lleno de laureles y palmas ; eso sería establecer la *Política de Dios y Gobierno de Cristo* ; cuando por merecido castigo, ha sonado la hora de la *Tiranía de Satanás*.

Quiera la divina misericordia que la dorada juventud que se organiza y agrupa en defensa de la única verdad, de la única salvación, de la sola esperanza, de la verdadera libertad, progreso y cultura, siguiendo los patrióticos y cristianos ejemplos de nuestros mayores, se afane por conocer y estudiar las grandes obras del ingenio español en siglo de piedad incontestable, por darles nueva vida, y por enriquecerse con el oro que encierran; no dejándose deslumbrar del oropel y alquimia, colorines y luces de Bengala, que entre anochecida y salteadora lobreguez desplegó siempre el astuto acechador de lo ajeno, como la araña que tiende y borda sutilísima y vistosa tela para cojer á incautos insectos, ó como el calamar que enturbia con su negra tinta las aguas para engañar y comerse á los ciegos pececillos.

AURELIANO FERNANDEZ-GUERRA.

A UN DARWINISTA.

SONETO.

Dicen que muestras al juzgarme encono,
 y á mi sencilla fé prodigas motes,
 porque piensas, fundado en tus librotes,
 en línea recta descender del mono.

Rasgo de ingenuidad, que habla en tu abono.
 ¿Te sientes bestia? Es bien que lo denotes.
 ¿Y cómo no has de odiar á los quijotes,
 que todavía de hombres se dan tono?

Que no eras racional, ya revelaba
 á juicio de doctores nada nimios,
 ese tu doctrinal matalotaje.

Algo, eterno copista, te faltaba;
 pero al clasificarte entre los ximios,
 has dado, vive Dios, con tu linaje.

CEFERINO SUAREZ BRAVO.

SECCIÓN BIBLIOGRÁFICA.

I. En estos últimos tiempos ha visto la luz pública mayor número de obras literarias de importancia en provincias que en Madrid. Ocupa primer lugar entre ellas el primer tomo de los ocho que compondrán las del patriarca de los literatos balears Sr. D. Tomás Aguiló, poeta tierno y delicado como pocos, prosista correcto y elegante como poquísimos. Desde muy jóven, á pesar de la dificultad considerable de escribir en un idioma diverso de aquel en que piensa y habla constantemente, robó el Sr. Aguiló á los clásicos castellanos el secreto de su admirable lenguaje, y sin descuidar ni muchísimo ménos el estudio de la lengua latina, ántes bien cultivando incesantemente la amistad de Virgilio y Horacio, tomó por constantes maestros suyos á los Luises: Fray Luis de León le prestó la dulzura; Fray Luis de Granada la elocuencia y rotundidad de sus períodos. Su afición á las nobles artes y á la observación de los hechos, fueron complemento de sus grandes cualidades de escritor y de poeta.

En el primer tomo de sus obras, compuesto exclusivamente de leyendas fantásticas reunidas bajo el título de *A la sombra de un ciprés*, sin duda por la tristeza, mejor que tristeza melancolía, con que están escritas todas ellas, hace gala su autor, quizás más que en ninguna otra de sus producciones, de sus envidiables dotes de poeta y de escritor. El artista, el literato se revela en la hermosa trama, en la acción de estas leyendas, cortadas todas, en la apariencia, por idéntico patron, aunque diversas por su forma y por su fondo. Diversas por su fondo, porque en todas ellas se propone el Sr. Aguiló enseñar alguna máxima moral diversa, combatir algun vicio ó destruir alguna preocupación. Diversas tambien por su forma,

porque son diversos los colores y los atavíos con que embellece su fondo sustancial. Desde los sombríos alrededores de una Cartuja, hasta el teatro de una guerra civil; desde los amores espirituales de un hombre extraviado por locas pasiones, hasta el amor criminal de un bandido; desde las solemnidades augustas de la Religión, hasta las fiestas de la disipación moderna, todo presta argumento á la imaginación riquísima del autor, cuyos recursos aumentan á medida que se presentan, crecen y se agigantan las dificultades.

A pesar de la sencillez de la mayor parte de los cuadros, la verdad es que, en ocasiones, parece que el Sr Aguiló se afana en amontonar dificultades para tener luego el gusto de dar gallarda muestra de su ingenio vencéndolas.

Quien no aprenda á amar el espíritu de sacrificio de la mujer, cristianamente educada, en *Sor Lutgarda*, jóven hermana de la Caridad, que en una aterradora epidemia auxilia en los últimos momentos á la pérfida mujer que le robara, todavía no hacía muchos años, el corazón del hombre que fué su primero y único amor; quien en *Las disciplinas* no comprende los peligros de jugar con el corazón de una mujer, cuando esta ama ardorosa y cristianamente, como aman las mujeres que no disipan las fuerzas de su espíritu en los placeres de la vida moderna; quien en *La Trapa de Andraig* no aprende á huir del mundo y su ruido, y á volver la vista á Dios; quien no acierta á descifrar los misterios de la muerte y de la resignación cristianas en *Morir sonriendo*, y á sacar útiles y provechosas enseñanzas de su comparación con el fin tremendo de los que viven apartados de la Iglesia; quien en *Un lecho de espinas* no admira la superioridad del valor cristiano sobre el valor pagano, y no se enseña á odiar esos pretendidos lances de honor, que las más de las veces ni son lances, ni aunque lo sean, son de honor, sino es porque el honor perece en ellos; quien... al mismo tiempo que deleita su espíritu con esta lectura no atesora más leyes morales que con el estudio de sendos infólios, es que sin duda ninguna tiene el alma desnuda de sentimiento y fría la imaginación, como los mármoles de los cementerios.

Quizás no falte quien lamente la uniformidad de tono en que estas leyendas están escritas; la melancolía de todas sus páginas, la falta de variedad en la unidad del conjunto del libro. Estas lamentaciones son realmente infundadas. No hay que examinar este tomo en si mismo, sino como primera parte de un todo; ni que considerar como un defecto, lo que no es otra cosa que la nota característica de las producciones del escritor; ni que dejar de reconocer que el conjunto de las leyendas presenta un hermoso cuadro, cabalmente porque dentro de la admirable unidad del fondo existe una brillante y esplendorosa variedad de los detalles: la misma variedad que existe en los jardines cuyas flores viven con el jugo de unas mismas tierras y en una misma delicada atmósfera.

Después de lo dicho huelga añadir que no se encuentra en todo el fondo de la obra un sólo pensamiento que directa ni indirectamente esté en contradicción, tal es nuestro recto é imparcial juicio, con las profundas y bien cimentadas creencias religiosas de su docto autor.

II. Aunque publicada en Madrid, por diversos títulos puede ser considerada indudablemente como de provincia la novelita que con el título de *El último estudiante* ha dado á la estampa el jóven literato señor Marqués de Figueroa. La acción de la novela se desarrolla en Santiago de Galicia, ciudad nobilísima, patria del autor.

Trata el señor Marqués de Figueroa en su novela de recordar á las actuales generaciones escolares lo que eran los antiguos estudiantes, y lo logra á maravilla presentando en medio de la sociedad actual un último estudiante. La verdad histórica, en cuanto se refiere al protagonista, aparece fielmente conservada: Ambrosio Trucha reúne los grandes defectos y las virtudes de los antiguos escolares. Su carácter, que está magistralmente delineado desde el principio, no aparece falseado un sólo momento: conserva sus notas esenciales hasta el desenlace.

Lo mismo que del protagonista podemos decir de los demás personajes que toman parte en la acción de la novela. ¿Quién no ha tropezado cuando mozo con una huéspedea como

Doña Apolonia? ¿Quién cuando estudiante no ha tenido compañeros como Pedro Mata y Diego Torres? Y lo que decimos de estos personajes puede afirmarse igualmente de Don Moreno de Anzules, que de la nada subió á ministro á pesar de ser todavía más negado que D. Venancio Gonzalez; de sus hijas educadas como en esta córte suelen educarse las hijas de los prohombres del partido progresista; de las tres costureras con pretensiones de señoritas que andan á caza de estudiantes, si puede pasar esta frase; de Arturo, gomoso de provincia en un todo parecido á los que todos los dias vemos y tratamos en Madrid, y Felisa, mujer encantadora no sólo por su belleza física sino muchísimo más por su belleza moral; mujer de entendimiento no vulgar que discurre como un anciano cargado de experiencia, y obra siempre como cumple á su deber en lo presente, sin olvidar las contingencias de lo porvenir.

Sin duda ninguna lo mejor que hay en la novela del señor marqués de Figueroa es la pintura de caracteres, que está hecha de mano maestra, á pesar de que es esta la primera obra que da á luz el autor.

La acción es sencilla, como la de las novelas ejemplares de Cervantes, y se desliza natural, tranquila y reposadamente como la corriente de un manso arroyo, hasta el desenlace; sin estos golpes de teatro, como se llama á las sorpresas que el autor prepara al lector, y que casi siempre son atentados contra la lógica y la naturaleza, y sin esos enredos de nuevo género que luego no hay medio de desenredar sino es á puñaladas y sembrando la arena de cadáveres. No sólo por la acción, sino también por sus enseñanzas y por el corte de su estilo, ya que no por la distribución externa de la obra, recuerda desde luego *El último estudiante* las novelas ejemplares del inmortal manco de Lepanto.

Ha achacado la crítica racionalista al señor Marqués de Figueroa, que como Pereda, Frates y Pardo Bazan, ha escrito su novela en católico. El autor ha escrito, como piensa, y piensa como debe pensar quien ha nacido en España y se ha educado á la sombra de la Iglesia.

III. En la Coruña acaba de publicar el distinguido escri-

tor D. Ramón Secade y Campoamor, una novela con el título de *Pablo Gomez*, que contiene muy útiles enseñanzas, escrita con sentimiento y discreción y gallardamente pensada. La trama de la novela es histórica, como lo conocerá desde las primeras páginas quien esté algo enterado de la marcha de los sucesos políticos en la región gallega. Los principales personajes están bien presentados, pero sorprende por lo bien dibujado que realmente está el Andrés; tipo, por desgracia, muy comun entre los carlistas intransigentes. Trasládese á Andrés desde su tienda de comestibles de Galicia, á la calle del Turco de esta córte, y todos señalarán con el dedo al más conspicuo entre cierta clase de íntegros. En cambio D. Marcelino es un Sacerdote, que con su prudencia, con su espíritu de conciliación y de paz, hace amable á la Iglesia aun para los adversarios más decididos del Catolicismo.

Muchas desgracias se evitarían si se divulgase el *Pablo Gomez*, que contiene utilísimas enseñanzas prácticas, y en el cual ha presentado el autor al tipo del revolucionario honrado, permítasenos la frase, que todos hemos conocido en nuestras provincias; hombre, fanatizado por los sofistas, tipo que desaparece poco á poco para ceder el paso al revolucionario, que sólo y exclusivamente vé en los trastornos públicos el medio de pescar á rio revuelto.

DAMIAN ISERN.

DISCURSO

LEIDO ANTE

LA REAL ACADEMIA DE LA HISTORIA

EN LA RECEPCIÓN PÚBLICA

DEL DOCTOR

D. MARCELINO MENENDEZ Y PELAYO

el 13 de Mayo de 1883 (1).

SEÑORES:

Todos conocísteis á mi predecesor en esta silla, y quizá sea yo, que tan sin méritos propios vengo á sucederle, quien le conoció menos de cerca. Entendimiento vasto y condensador, fácilmente abierto á todo lo que le parecía noble y ge-

(1) El único comentario que hoy nos atrevemos á poner al soberano discurso que leyó D. Marcelino Menendez Pelayo, el día 13 de los corrientes, en el acto solemne de su recepción en la Real Academia de la Historia, es trasladarle íntegro á las páginas de nuestra REVISTA, para que el lector admire una vez más el poderoso entendimiento y saber profundísimo de que dá siempre tan gallardas muestras el jóven académico. El numeroso y distinguido concurso que asistió el domingo al palacio de la calle del León, donde la Real Academia de la Historia celebra sus juntas, salió complacido y entusiasmado, y era unánime la opinión de que pocas veces se ha oído en aquella docta casa discurso tan preñado de ideas y tan magistralmente escrito como el de nuestro ilustre amigo.

Para dar á este la bienvenida, llevó la voz de la Academia el Excelentísimo Sr. D. Aureliano Fernandez Guerra, una de las más puras y legítimas glorias de la patria literatura. En el número próximo saborearán nuestros lectores el último notabilísimo trabajo de este insigne colaborador de la REVISTA DE MADRID.

(N. de la D.)

neroso, ávido de abarcar con rápido vuelo los términos y confines de la humana ciencia, vivió y murió en el más ardiente fervor idealista, enamorado de las obras del espíritu y anheloso de propagarlas entre su nación y gente. Fácil en el concebir, facilísimo y brillante en la palabra, fué su vida una improvisación continua, desinteresada de todo otro fin que el libre ejercicio de la inteligencia. La contradicción le daba alas y no le exasperaba, antes tomaba fuerzas de ella, y se crecía, como Anteo al contacto de la tierra. Poca parte de su alma ha pasado á sus escritos, y no tiene idea de él quien no vió correr de sus lábios. raudo y atropellado, el largo río de su elocuencia. Tuvo la ambición de todo saber, pero no la avaricia de ninguno. Adquirido un conocimiento nuevo, germinada en él una idea, no se daba punto de reposo, hasta verterla en auditorio amigo ó enemigo. Nació para hablar, para enseñar, para discutir. Filosofaba de aquella manera vaga y libre, que es tan del gusto de nuestra raza, y filosofaba sobre todas las cosas, sin que pueda decirse cuál de las ciencias le enamoraba más, ó cuál fué su vocación nativa. En todas penetraba como conquistador, y se apoderaba acá de un hecho, allá de un sistema ó de una hipótesis, todo como por asalto y saqueo. Con esa ejemplar tolerancia, que ha sido timbre de la escuela ecléctica, y que no nacía en nuestro pensador de escepticismo, pues raros hombres he visto que se apasionasen tanto como él por lo que creían verdadero, ninguna doctrina le era repugnante ó antipática, y con curiosidad nunca saciada gustaba de enterarse de todas, y de exponer y discutir lo más reciente. Tal era á vuestros ojos y á los míos D. José Moreno Nieto.

Fácil es discutir al pensador, y de hecho muy pocos hubo que le siguiesen, y sería en mi torpe mentira el afirmar aquí, por respetos á mi egregio predecesor, que puede ser su espiritualismo, vago y poco preciso de líneas, aunque simpático, la fórmula de la moderna restauración de las ciencias especulativas. Me elegisteis tal como soy, y no he de venir á comprar aplausos, ni á mitigar impopularidades, haciendo, sin alguna salvedad, el panegírico de un hombre, que precisamente lidió toda su vida por la omnífoda libertad del pensa-

miento científico. Pero tampoco sería digno ni honrado venir á inquietar sus cenizas, hoy que no puede levantarse su potente voz para respondernos, ni traer de nuevo á la arena el eterno pleito entre las dos ciudades, que han de permanecer en presencia hasta la consumación de los siglos. Sólo recordaré á los creyentes (porque en este acto sólo caben palabras de paz y de mansedumbre) que si Moreno Nieto erró en algo, también peleó cien veces á nuestro lado, defendiendo de la invasión materialista y atea el testimonio y la integridad de la conciencia humana, el libre albedrío, el valor ontológico y sustancial del derecho, la fuerza imperatoria del criterio moral, la posibilidad y la realidad de la metafísica, lo ideal en el arte, y todas las intimidades, pompas y esplendores de la vida del espíritu, asentada sobre la roca incommovible de las nociones primeras.

Entre los innumerables objetos de la actividad mental de Moreno Nieto, entraba, y no el último, la historia, ó, dicho con voz más comprensiva, las ciencias históricas, ya que no se ocupó directamente en la relación de los hechos, sino más bien en vastas síntesis, no exentas de sabor hegeliano, ó en monografías críticas, más ó ménos estrechamente enlazadas con los estudios de la filología oriental, que fueron encanto de los años de su mocedad, y á los cuales, no sin cierta tristeza, como la que infunde la memoria del bien perdido, solía volver los ojos en su edad madura. Todos recordais su *Gramática Árábica*, y su erudito discurso sobre los historiadores musulmanes españoles, seguido de una bibliografía de ellos. Distrajéronle luego muy diversos cuidados intelectuales, no sé si con más gloria para él, de fijo con más aplauso inmediato. ¿Ganó ó perdió en ello la cultura española? Senténciolo quien pueda: yo sólo diré que es hazaña casi imposible torcer su propia naturaleza, y resignarse á las escondidas y modestas caricias de la investigación erudita y de la depuración histórica, cuando estimulan á un tiempo el acicate de la comun alabanza, el noble ardor de *echar su apellido* y convocar gente para las batallas de su tiempo, el númen avasallador de la propia elocuencia, y quizá el generoso temor de pasar por

egoísta y escéptico, escudriñando y discutiendo lo antiguo, mientras la tormenta de estos días bramaba á sus puertas.

Y considerando esto, ¿quién se ha de atrever á culpar á Moreno Nieto, porque no nos haya dejado de su talento histórico frutos tan numerosos como el ardor de su aprovechada y madura juventud nos prometía? Los Montfaucón, los Mabilón, los Muratori, los Flórez, los grandes coleccionistas, arqueólogos, numismáticos é historiógrafos nacen en épocas relativamente tranquilas, donde imperan fuertes y soberanas la autoridad y la tradición científicas, y es lícito á quien piensa y estudia, velar á la lámpara solitaria, sin cuidado y preocupación de lo exterior, fijos los ojos en aquellos serenos templos de la antigua sabiduría, que cantaba Lucrecio :

Edita doctrina sapientium templa serena.

Pero en nuestros tiempos de contraste y de lucha, y en razas como la nuestra, ya estéril, ya fecundamente, apasionadas é inquietas, tal ideal de vida pacífica y estudiosa es mucho más admirable que imitable. Y he de confesaros que Moreno Nieto no le realizó, aunque quizá tendiesen á él los más íntimos anhelos de su alma.

Y en efecto, ¡qué obra más grande y bella es esta de la historia! Concedo que es empresa de titanes la de lidiar con el error dialéctico, sorprender sus raíces soterradas en lo incompleto del entendimiento ó en lo torcido y perverso de la voluntad, en las lobregueces de la conciencia ó en las anticipaciones de la educación, en la intrusión del elemento externo en el mundo íntimo, ó al contrario, en el desbordamiento enfermizo de la propia personalidad. Y cuando el error invade el campo, cuando se mutilan audazmente la integridad, la parsimonia ó la armonía de los dictámenes de la conciencia, y cuando, negado alguno de sus elementos, y vacilantes por necesidad lógica los demás, queda aportillado y al descubierto alguno de esos sublimes *lugares comunes*, que son el jugo y la médula del pensamiento, levantar enérgica protesta en nombre del sentido moral de la humanidad. Tales triunfos eran

los de Moreno Nieto; y los alcanzaba á la luz del sol, en campo cerrado, sin malas artes ni astucias de guerra, coronándole sus mismos adversarios, que acompañaron con lágrimas sus funerales.

Pero hay otra gloria, que no corre las calles, sino que suele albergarse modestamente dentro de los muros de Academias como ésta; y conviene traerla continuamente delante de los ojos, para inflamar con ella las almas capaces de estimarla y comprenderla. No vive en lenguas de las gentes; antes padece detracción y vituperio, cuando á sus oídos llega, lo cual sucede raras veces, porque es la Musa de la Historia tan recatada y celosa de su estimación, que hasta del aire se ofende.

De la Historia vengo á hablaros; pero no considerada en su materia y contenido, ni siquiera en las reglas críticas y método de investigación para escribirla, sino de lo que á primera vista parece más externo y accidental en ella, de lo que condenan muchos desdeñosamente con el nombre de forma; como si la forma fuese mera exornación retórica, y no el espíritu y el alma misma de la historia, que convierte la materia bruta de los hechos y la selva confusa y enorme de los documentos y de las indagaciones, en algo real, ordenado y vivo, que merezca ocupar la mente humana, nunca satisfecha con vacias curiosidades, y anhelosa siempre por las escondidas aguas de lo necesario y de lo eterno. Voy á hablar, pues, no de crítica histórica propiamente dicha, sino de la historia considerada como arte bella, de la noción estética de la historia, ya que es grave defecto en los modernos tratadistas excluir del cuadro de las artes secundarias el arte maravilloso de los Tucídides, Tácitos y Maquiavelos, mientras que admiten sin reparo y explanan en muchas páginas el arte de la danza ó el de los jardines. No es, en verdad, la historia obra puramente artística, como lo son la poesía ó la música ó las creaciones plásticas; pero son tantos y tales los elementos estéticos que contiene y admite, que obligan, en mi entender, á ponerla en jerarquía superior á la misma oratoria, encadenada casi siempre por un fin útil é inmediato, extraño á la finalidad del arte libre, que en la misma hermosura que engendra

se termina y perfecciona, deleitándose con ella, como la madre amorosa con el hijo de sus entrañas.

Cierto que suele carecer la historia del admirable poder que Platón llamó *psicagógico*, es decir, guiador y conmovedor de las almas, y que no ejerce, por eso, aquel imperio y señoría sobre los afectos, moviéndolos ó refrenándolos, que fué en lo antiguo el triunfo más codiciado del orador. Pero aunque no sea dado á la historia, sino en casos singulares, producir esta efervescencia y tumulto de pasiones actuales, tiene por suyo el mundo de la realidad humana, con igual y plenísimo derecho que le tienen la epopeya, el drama y la novela. No es arte lírica y personal, sino arte objetiva, guiada y dominada por los estímulos y caricias del mundo exterior, del cual, como de inmensa cantera, arranca los hechos, que luego, con verdadera intuición artística, interpreta, traduce y desarrolla.

Pero aunque este poder de interpretación, enfrente de la naturaleza humana y de sus obras, sea verdadera facultad estética, y de ella participen en grado casi igual los maestros de la poesía y de la historia, hay un punto en que la diferencia se marca y aparece profundísima. No consiste, no, esta diferencia en que el poeta sea dueño de la materia que elabora, y el historiador nó, puesto que, en rigor de verdad, ni uno ni otro lo son, trabajando ambos, como trabajan, sobre el fondo esencial y permanente de la naturaleza humana, que ni uno ni otro podrán modificar, so pena de producir obras mentirosas y heridas de muerte desde la cuna. Nó: el poeta no inventa ni el historiador tampoco; lo que hacen uno y otro es componer é interpretar los elementos dispersos de la realidad. En el modo de interpretación es en lo que difieren.

Sobre esto hay una idea alta y profundísima, pero incompleta, en la Poética de Aristóteles. Veamos de desentrañar su oscuro sentido. Dice, pues, el Estagirita, que la diferencia entre la poesía y la historia consiste en que el poeta expresa principalmente lo universal, y la historia lo particular y relativo, de donde resulta que la poesía viene á ser algo más filosófico y grave que la historia, porque representa, no lo que es, sino lo que *debe* ser.

A primera vista, esto no ofrece dificultad, pero luego se ocurre una, y no leve, y es que la necesidad implica la existencia, y por tanto todo lo que *debe* ser, *es*, y nada es sino como debe ser, conforme á su idea; lo cual anula de hecho la distinción aristotélica, ya que igual realidad tienen á los ojos del espíritu el héroe real y el imaginado, Carlomagno ó Don Quijote, Temístocles ó Hamlet. Y en los personajes que son á la vez históricos y poéticos, v. gr., el Cid y todos los protagonistas de cantares épicos, de tal manera se confunden los caracteres de la realidad histórica con los de la realidad leyendaria, que de unos y otros viene á resultar un concepto ó noción única en nuestra mente, sin que sea posible, sino con laboriosísimo esfuerzo intelectual, imaginarnos al Campeador reducido á la sequedad de los datos de las crónicas latinas y arábicas, y fuera del pedestal en que le colocó la epopeya castellana.

Tampoco se puede decir, en sentido riguroso, que los personajes poéticos manifiesten lo universal de la naturaleza humana, y los históricos lo particular y contingente, porque, si bien se mira, todo personaje real, con cualquier género de realidad que le supongamos, ya sea la del arte, ya la de la vida, expresará siempre algo de necesario y universal, y algo también de particular, movedizo y transitorio. Y como la lógica natural que dirige los pensamientos y las pasiones de los seres vivos, no es distinta de la que guía á un héroe de drama ó de novela, si este héroe no es creación vana, caprichosa y sin valor, de una fantasía desarreglada, resulta que tampoco por este lado se ve diferencia notable entre la historia y la poesía narrativa ó representativa. Así pudo decir Manzoni, con profunda verdad, en su *Carta sobre las unidades dramáticas*, que las causas históricas de una acción son esencialmente las más dramáticas y las más interesantes, y que cuanto más conformes sean los hechos con la verdad material, tendrán en más alto grado el carácter de *verdad poética*, que buscamos en la tragedia.»

Para salvar la doctrina peripatética de lo necesario y de lo universal, se dirá acaso que el héroe poético, por ser, como es,

de blanda cera en manos del artista, resulta mucho más apto para encerrar un contenido genérico, y ser como la cifra ó el compendio de una clase entera de hombres, ó como el eco sonoro de una raza, ó como el símbolo de una pasión, ó de una virtud ó de un vicio. Pero dicho esto en tesis general, también flaquea, porque una de dos: ó esos tipos son abstracciones y alegorías, y en este caso no son seres humanos, y estoy por decir que ni estéticos tampoco, sino frías personificaciones morales, sin valor propio é intrínseco, semejantes á los *caractéres* del avaro, del celoso y del pródigo, que solían ponerse en los antiguos tratados de *Ética*, á modo de *paradigma* ó *specimén*; ó son hombres como los que vemos en el mundo, dotados de una cualidad predominante, buena ó mala, con la cual se combinan en distintas dosis otras cualidades secundarias. Sólo por esta complejidad de elementos brillan reales y humanos los hijos del arte, y por eso se identifican con los demás hijos de Adán, diferenciándose de ellos tan sólo por el sello de inmortalidad grabado en su frente.

Es además la vida tan grande, tan luminosa, tan poética é inexhausta, que puede decirse que ha agotado y agota todas las combinaciones posibles en el arte, y que abriendo por cien partes sus entrañas, manifiesta y saca á luz cada día portentos no imaginados, ante los cuales parece fútil y baladí todo antojo idealista. ¿Qué malvado ha producido el arte más perfecto que César Borja? ¿Qué caballero más perfecto que San Luis? «No consiste (diré con Manzoni) la esencia de la poesía en inventar..... semejante invención es lo más fácil y más vulgar que hay en el trabajo del espíritu, lo que exige menos reflexión y también menos imaginación..... ¿Dónde puede encontrarse la verdad dramática, mejor que en lo que los hombres han ejecutado realmente?»

Y entonces se dirá: ¿Qué le queda al poeta? ¿En dónde están sus ventajas? ¿Por qué dijo de la poesía Aristóteles, que era más honda y filosófica que la historia? Dijolo porque, siendo el poeta (aunque sólo en el momento inicial de la concepción) dueño de sus personajes, históricos ó inventados, puede penetrar hasta el fondo de su alma, escudriñar lo más real é

intimo, sepultarse en los senos de la conciencia de sus personajes, poner en clara luz los recónditos motivos de sus acciones, mostrar en apretado tejido las relaciones de causa y efecto, eliminar lo accesorio, agrupar en grandes masas los acaecimientos y los personajes, borrar lo supérfluo, acentuar la expresión, marcar los contornos y las líneas, y hacer que todo color y toda superficie y todo detalle hable su lengua y tenga su valor y conspire además al efecto común.

Algo de esto hace también la historia, pero de un modo mucho más imperfecto y somero, procediendo por indicios, conjeturas y probabilidades, juntando fragmentos mutilados, interrogando testimonios discordes, pero sin ver las intenciones, sin saberlas ni penetrarlas á ciencia cierta, como las ve y sabe el poeta, arrebatado de un númen divino.

No le es lícito á la historia fantasear; no puede, como puede el poeta dramático, introducirse en la mente de sus personajes y hablar por ellos; pero será tanto más perfecta y más artística, cuanto más se acerque, con sus propios medios, á producir los mismos efectos que producen el drama y la novela. Pero, entiéndase bien, con sus propios medios, los cuales en gran parte no pertenecen al arte, sino á la ciencia, aunque todo, en último resultado, venga á concurrir al grande arte; al arte de composición. De aquí el carácter mixto de la historia, de aquí la inferioridad reconocida por Aristóteles, cuyas palabras hemos de entender, no como suenan, sino de un modo más ámplio y libre, afirmando que lo mismo la historia que la poesía enseñan, manifiestan y ponen á nuestros ojos, por modo artístico, aunque diverso, lo que hay de eterno y lo que hay de temporal y relativo en cada acción humana, lo que hay de necesario y lo que hay de contingente, lo que hay de universal y lo que hay de temporal en cada individuo.

No es nueva esta consideración de la historia como arte; al contrario, si de algo pecamos los modernos, es de ir la olvidando demasiadamente. Los antiguos retóricos griegos querían que la historia fuese, lo mismo que la tragedia, *un animal perfecto*. Y nuestro Fr. Jerónimo de San José, en su libro del *Génio de la historia*, dió los últimos toques á esta concep-

ción clásica, exponiéndola en términos tan vigorosos y galanos, y con tan profundo sentido de lo que pudiéramos llamar la belleza estatuaria de la historia, que no es posible á quien trata esta materia dejar de repetir algunas palabras suyas, ya alegadas aquí por un docto y llorado compañero vuestro: «Yacen como en sepulcros, gastados ya y deshechos, en los monumentos de la venerable antigüedad, vestigios de sus cosas. Consérvanse allí polvo y cenizas, ó cuando mucho, huesos secos de cuerpos enterrados, esto es, indicios de acaecimientos, cuya memoria casi del todo pereció; á los cuales, para restituirles vida, el historiador há menester, como otro Ezequiel, vaticinando sobre ellos, juntarlos, unirlos, engarzarlos, dándoles á cada uno su encaje, lugar y propio asiento en la disposición y cuerpo de la historia; añadirles, para su enlazamiento y fortaleza, nervios de bien trabadas conjeturas; vestirlos de carne, con raros y notables apoyos; extender sobre todo este cuerpo, así dispuesto, una hermosa piel de varia y bien seguida narración, y últimamente, infundirle un sople de vida, con la energía de un tan vivo decir, que parezcan bullir y menearse las cosas de que trata, en medio de la pluma y el papel.»

Esta pintoresca descripción de la historia corresponde en todo con la idea que Hegel da de la obra poética, cuando exige de ella que forme un *todo orgánico completo*, sometido á ley de unidad. Pero el mismo Hegel se niega á considerar las producciones históricas como pertenecientes á lo que llama el *arte libre*, y renovando, aunque con originalidad, la doctrina de Aristóteles, á quien en tantas cosas se parece, afirma que la historia es siempre prosáica, no ya por el estilo y manera en que se escribe, sino por su mismo contenido y objeto propio. Para entender esto, conviene advertir, ante todo, que Hegel dilata los términos del arte histórica tanto como Fr. Jerónimo de San José, puesto que concede al historiador la facultad de resucitar en su mente las acciones y los caracteres, y ponerlos con nueva vida á los ojos de los lectores; no encerrándose, para tal reproducción, en la simple fidelidad de los detalles, sino coordinando los materiales, modificándolos,

combinándolos, agrupando los rasgos y los accidentes, de tal modo que pueda quien leyere formarse idea clara de la nación, de la época, de las circunstancias exteriores, de la grandeza ó debilidad de los personajes, y de su fisonomía original, y del encadenamiento natural y propio de las acciones.

Todo esto lo concede Hegel, pero viene á restringir los límites de la historia por razón de su objeto, dejando las edades heroicas por campo de la fantasía y del arte, y considerando sólo como histórica aquella edad en que se revela el carácter preciso de los hechos y la prosa de la vida. Estas edades históricas no ofrecen casi nunca lo que el moderno Parménides llama una situación poética, es decir, una situación en que la energía individual se manifieste y desarrolle con independencia alta y soberana. Todo el conjunto de nuestras instituciones, costumbres y estado social excluyen esta actividad sin trabas, domeñadora é irresistible, y por eso los poetas modernos, cuando aspiran á presentarla fuera de las sociedades heroicas, la personifican en un demente como D. Quijote, ó en piratas levantinos como el Corsario y Lara, ó en un rebelde más ó menos épico como Goetz de Berlichinguen, ó en un foragido y salteador de caminos como Roque Guinart y Karl Moor, ó en un jefe de bandas aventureras como Walenstein, ó en un libertino, despreciador de la muerte y del infierno, como D. Juan

De todo esto infiere Hegel que, dentro de las condiciones ordinarias de la vida, lo épico y aun lo poético es imposible, porque en toda sociedad bien organizada las actividades y energías individuales se funden en una actividad común, y van derechas á un blanco, sin que sea posible ninguna órbita excéntrica, á menos de tropezar á cada paso con las leyes divinas y humanas, fijas ya con carácter imperativo y absoluto.

Adios, pues, el carácter individual, según esta desconsoladora doctrina idealista, y adios también la poesía en la historia. Cuanto hoy se realiza (este *hoy* quiere decir desde Homero hasta nuestros días, ó, por lo menos, desde la *Canción*

de Rolando), se realiza con un fin general y predeterminado por las circunstancias del pueblo y de la época, y se realiza además con una fortísima dosis de circunspección, de buen sentido y de razón prosáica, aplicando sagazmente los medios al fin. Todo esto, según Hegel, es radicalmente contrario á la vitalidad independiente y libre, y el historiador tiene que resignarse á contarnos toda esta prosa, sin dar á los hechos significación poética que no tuvieron, ni remontarse nunca, como no sea en alguna síntesis, generalización ó filosofía de la historia, á los principios absolutos y á la verdad ideal, que son materia esencialísima de la poesía, la cual, aun imitando y reproduciendo lo real, lo hace para mostrar exteriormente la verdad interna que constituye su fondo.

En esta como en otras cosas de su admirable *Estética*, Hegel ha pasado la medida, á fuerza de espíritu sistemático. Concedámosle, ante todo, que el arte tiene un carácter *dinámico*, ya de fuerza serena y reposada, ya de fuerza en movimiento, y afirmemos, aún con mayor resolución que él, que sólo por la fuerza se impone el artista, y que en la energía de la voluntad exteriormente manifestada yace la raíz de las mayores grandezas estéticas. Pero ¿cómo admitir que esta energía no se desarrolle y triunfe sino en los héroes primitivos, domeñadores y extirpadores de monstruos, ó en los primeros que desbrozaron las selvas y congregaron los pueblos errantes y feroces en vida comun? No: la eficacia de la voluntad no exige condiciones sociales rudimentarias, para dar muestra de sí. El medio en que vive puede modificarla, pero no anularla. Faltarán algunos accidentes estéticos, pero no más que de decoración y ornamento. Si la humanidad vale algo, y el arte no es idealismo solitario, sino obra colectiva humana, de los unos porque la crean, de los otros porque amorosamente la reciben, el fin comun, lejos de ser prosáico ha de resultar más estético que todos los fines particulares, y ante las grandes empresas históricas han de oscurecerse y quedar anulados los propósitos arbitrarios y las hazañas baldías de cualquier paladín andante. Toda la historia del arte depones contra Hegel, mostrándonos que ninguna de las obras más

altas de la poesía humana ha nacido de voluntariedades ó caprichos del artista, deseoso de mostrar en sus héroes el empuje de una personalidad libre, sino que todas ellas, así épicas como dramáticas, han recibido su jugo y su vitalidad de la historia, ó de lo que en algun tiempo se ha tenido por historia, que para el arte tanto importa lo uno como lo otro, y basta que el poeta y sus oyentes ó lectores lo hayan creído. No se reduce la historia á los tiempos de cronología cierta, y sujetos á comprobación diplomática, sino que extiende sus ojos á esos campos en que Hegel confina la poesía, y mientras ésta recoge flores de eterno olor, aprende la historia, *sotto il velame degli versi strani*, mil recónditas enseñanzas sobre conflictos de pueblos y de razas, sobre dioses titánicos destronados por dioses de estirpe más reciente, y hasta sobre los progresos de la escritura, y la renovación de fraguas y metales.

Y así bien puede afirmarse que no hay dos mundos distintos, uno el de la poesía y otro el de la historia; porque el espíritu humano, que crea la una y la otra, y á un tiempo la ejecuta y la escribe, es uno mismo, y cuando quiere aislar sus actividades y engendrar v. gr. obras poéticas que no tengan raíces en la historia ó en la sociedad donde nacen, produce sólo un *caput mortuum*, bueno para deleitar solaces académicos, ó para mecer en vaga y malsana cavilación ciertas almas, pero incomprensible, como un jeroglífico egipcio, para los que en el arte quieren ver, ante todo, al hombre mismo que ellos conocen y de cuyos dolores participan, lidiando á brazo partido con el mundo exterior, como se lidia en el mundo de la vida, es decir, en el mundo de la historia.

Digamos, pues, y esto es lo cierto, que si la personalidad humana independiente y enérgica, vale, es precisamente por el fin, y por la adaptación de los medios al fin, y no fin egoísta y *ad libitum*, sino fin que interese por simpatía á toda la humanidad ó á una porción considerable de ella. De donde se infiere que, lejos de ser la historia prosáica por su índole, es la afirmación y realización más brillante de toda poesía actual y posible, sin que necesite el poeta otra cosa que ojos para verla, y alma para sentirla, y talento de ejecución para

reproducirla; pues con esto sólo quedará depurada y magnificada, no tanto por algo exterior y propio suyo que el poeta le añada, como por algo que en la realidad misma está, y que no todos los ojos ven, sino los del artista solamente. Este algo es precisamente lo universal ó lo necesario, que Aristóteles dice, el reflejo de las *íntegras, sencillas inmóviles y bienaventuradas ideas*, que decía su maestro Platón; la *verdad ideal*, que persigue Hegel. Y esta verdad está en el artista, porque él la entiende; pero está también en la cosa misma, que no sería inteligible sin esta luz. Sin este poder *oftálmico* de descubrir lo universal, que reconocemos en el artista como cualidad principalísima suya, no hay poesía, pero tampoco hay historia.

Y si bien se mira, gran parte del prestigio literario que llevan consigo los héroes excéntricos citados por Hegel, no consiste sólo en el exceso de personalidad, violentamente acusado por el poeta, sino en que, lejos de aparecer sus actos como arbitrarios y ajenos del fin común, tienen un valor representativo dentro de este mismo fin, ya por contraste y oposición, ya como protesta contra un estado social imperfecto, y preparación para otro más alto, en lo cual vienen á asemejarse á grandes personajes históricos que han ejecutado muy mayores cosas sin darse cuenta ni razón clara de ellas. Cuando nada de esto hay en ellos, y cuando lo que persiguen no es un fin serio, aunque anacrónico, ó trascendente, aunque criminal, sino puras veleidades sin seso, los personajes se mueven en un país de sombras, y tienen tan dudosa vida como Esplandián ó como D. Cirongilio de Tracia.

Gloria será siempre del gran Schiller haber descubierto aquella ley de eterna armonía estética, clave del drama histórico, tal como él le ejecutó siempre, es decir, como el punto de intersección entre el drama de la pasión individual y el drama de la plaza pública. Así se explican esas misteriosas figuras de mujeres y de niños, colocadas por la tradición como hitos terminales, al principio de toda gran evolución histórica como si el drama del hogar fuese inseparable del que se desata por la voz de los tribunos ó por el puñal de los conspiradores. Así, en la fantasía popular que abrillanta los orígenes

de las repúblicas, la sangre de Lucrecia y de Virginia es riego lustral y expiatorio para la libertad romana, y la flecha del arquero Tell rubrica la carta de las franquicias helvéticas.

Dígame, pues, que de los pechos de la realidad se nutre la poesía, como se nutre la historia, y que entrambas conspiran amigablemente á darnos bajo la verdad real (porque tambien es real lo verosímil) la verdad ideal, que va deletreando el espíritu en confusos y medio borrados caracteres. Así la poesía, unas veces precede y anuncia á la historia, como en las sociedades primitivas, y es la única historia de entonces, creída y aceptada por todos, fundamento á la larga de las narraciones en prosa, donde entran casi intactos los *hórridos* metros épicos, á guisa de documentos; y otras veces, por el contrario, la materia que fué primero épica y luego histórica, *cantar de gesta* al principio, y crónica despues, ó la que teniendo absoluta fidelidad histórica, nunca fué cantada, sino relatada en graves anales, pasa al teatro, y por obra de Shakespeare ó de Lope vuelve á manos del pueblo, transfigurada en materia poética y en única historia de muchos. Y vienen, finalmente, siglos de reflexión y de análisis, en que los poetas cultos sienten la necesidad de refrescar su inspiración en la fuente de lo real, y acuden á la historia, con espíritu desinteresado y arqueológico, naciendo entonces el drama histórico de Schiller y la novela histórica de Walter Scott, que influyen á su vez en los progresos del arte histórica, y en cierto sentido la renuevan.

No es del caso seguir todas estas transformaciones, pero sí apuntar rápidamente los principales períodos de la historiografía, ó mejor dicho, de la concepción estética de la historia.

La primera, la más perfecta dentro de los límites en que más ó ménos voluntariamente se encerró, es la que podemos llamar oratoria ó clásica. No empieza en los *logógrafos*, que propiamente son analistas y no historiadores, ni siquiera en Herodoto, escritor de arte admirable en sus candorosos anacolutos, y en aquella gracia jónica, que alarga las terminaciones, ata negligentemente las frases, y dulcifica las formas,

acumulando las vocales. Este plácido abandono, semejante al curso de un arroyo límpido y sereno es, como ha dicho Ottfried Muller, la perfección del discurso hablado; pero nada tiene que ver con la severa dialéctica de Tucídides. La historia de Herodoto es la crónica perfecta, tal como podía ejecutarla un griego, mezcla singular de curiosidad infantil y de buen sentido algo escéptico, de gravedad épica y religiosa, y de observación menuda y precisa. Por lo demás, tan lejos está de Tucídides, como Muntaner ó Joinville están lejos de Maquiavelo y de D. Diego de Mendoza.

No es ese el tipo de la historia clásica, ni hemos de buscarle definido en los retóricos y maestros de *conscribenda historia*, sino en los mismos grandes ejemplos de la antigüedad, desde Tucídides hasta Tácito, y en unos pocos italianos y españoles del Renacimiento, que más ó ménos de lejos siguieron sus huellas. Tiene en sus manos la historia unidad orgánica tan vigorosa como la de un poema ó novela; siendo de esto ejemplares perfectísimos las dos historias de Salustio y la de D. Diego de Mendoza, que, por decirlo así, separan de la cadena general de la historia un pedazo de la vida humana, un grupo de acontecimientos interna y lógicamente enlazados, y que se desarrollan en espacio brevisimo de tiempo. Salustio ha dado la fórmula de este modo de historia, el más próximo de todos al arte puro y libre: «*Res gestas... carptim perscribere.*» En torno de la acción principal se agrupan todas las secundarias, tan fuertemente ligadas con la primera, como independientes y libres de lo que les precede y de lo que les sigue. El historiador va graduando sus efectos, y prepara muy de antemano la catástrofe, con tanto amor como un poeta trágico. La vida humana es un drama, y el historiador aspira á reproducirla. Puede ser crítico, puede ser erudito, mientras reúne los materiales de la historia y pesa los testimonios é interroga los documentos; pero llegado á escribirla, no es más que artista, y no tanto quiere dar lecciones, aunque lo anuncie en fastuosos proemios, como reproducir formas y colores, y aun más que estos accidentes externos ó pintorescos de la vida, la vida moral que palpita en el fondo. De aquí bellezas

puramente dramáticas; de aquí el análisis de los caracteres; de aquí la necesidad de los retratos, de las epístolas y de los discursos. No le basta al historiador clásico que los personajes hablen con la voz de sus hechos; no le basta presentarlos vivos y en acción; quiere trasladar al papel lo más recóndito de su conciencia, y mostrarnos el laboratorio de los misterios psicológicos. Cartas que no escribieron, discursos que no pronunciaron, inadmisibles en otro género de historia, pero forzados en ésta, vienen á darnos en forma puramente artística la noción del carácter del héroe y el desarrollo de la pasión. Así se funden armoniosamente ciencia y arte. El historiador se lanza al mundo poético de lo verosímil, en alas de lo verdadero. En las narraciones no refiere, sino que pinta. No explica los motivos de las acciones: hace que los mismos personajes nos los refieran. Y como la pasión es el alma de la tragedia y de la oratoria, el historiador clásico, que es ante todo orador y poeta trágico, es apasionadísimo, á despecho de los preceptos de los retóricos, que le imponen la más severa neutralidad, y lejos de olvidarse de que es griego ó romano, español ó florentino, aristócrata ó demócrata, republicano ó amigo del imperio, no aparta nunca de los ojos su patria, su raza y su partido, y esculpe á sus héroes predilectos en actitudes épicas y sublimes, y á sus enemigos y émulos los rebaja y los ennigresce, ó á lo sumo les da la grandeza del mal. Y así, no hay una sola de estas grandes historias, que no deba sus mayores bellezas á la pasión más ó menos descubierta del autor; pasión de venganza contra la democracia ateniense en Tucídides; pasión de soberbia patricia y estoica en Tácito; pasión de la unidad italiana en Maquiavelo; pasión de portugués separatista en D. Francisco Manuel de Melo. Aun á los más serenos y majestuosos, á los que han querido abarcar todo el curso de la vida de un imperio, á Tito Livio, v. gr., les domina la pasión por la grandeza de su pueblo, y esta pasión es la que da unidad á su obra, y color y fortaleza heroica á su estilo y perpetuidad, como de bronce ó mármol antiguo.

De todo lo cual infiero yo que la historia clásica es grande, bella é interesante, no por lo que los retóricos dicen,

sino por todo lo contrario; no porque el historiador sea imparcial, sino al revés, por su parcialidad manifiesta; no porque le sean indiferentes las personas, sino, al contrario, porque se enamora de unas, y aborrece de muerte á otras, comunicando, al que lee, este amor y este ódio; no porque la historia sea en sus manos la maestra de la vida y el oráculo de los tiempos, sino porque es un puñal y una tea vengadora; no porque abarque mucho y pese desinteresadamente la verdad, sino porque abarca poco, y descubre sólo algunos aspectos de la vida, encarnizándose en ellos con fruición artística; no porque sirva de grande enseñanza á reyes, príncipes y capitanes de ejército, dándoles lecciones de policía, buen gobierno y estrategia, sino porque ha creado figuras tan ideales y serenas como las de la escultura antigua y otras tan animadas y complejas como las del drama moderno; no porque «enseñe á bien vivir,» como dijo Luis Cabrera, á pesar de los aforismos con que solían engalanarla, sino porque produjo en Tácito el más grande de los artífices creadores de hombres, si se exceptúa á Shakespeare. *Opus hoc unum maxime oratorium.*

Por tales virtudes, antes poéticas que históricas, viven y vivirán eternamente á los ojos de la memoria, la peste de Atenas, la oración fúnebre de Pericles y la expedición de Sicilia en Tucídides; la batalla de Ciro el joven y su hermano en Xenophonte; la consagración de Publio Decio á los dioses infernales, y la ignominia de las Horcas Caudinas en Tito Livio; el tumulto de las legiones del Rhin, y la llegada de Agripina á Brindis con las cenizas de Germánico (*infausti populi Romani amores*), en Tácito; la conjuración de los Pazzi y la muerte de Julian de Médicis en Maquiavelo; la acusación parlamentaria de Warren Hastings, el terrible procónsul de la India, en Lord Macaulay.

Con esa leche ateniense y romana se nutrieron los cinco ó seis historiadores españoles que merecen el nombre de clásicos, y que, por méritos de estilo y lengua, se separan de la inmensa falange de los compiladores y de los eruditos, y aun de los historiadores sin estilo, como el más grande de los

nuestros, como Zurita. Es verdad que aun á los pocos que damos por maestros les faltó en la imitación el poder de asimilarse lo que imitaban, hasta el punto de borrar toda huella del modelo, y hacer que pareciese espontánea emanación del génio propio lo que era sábia y adecuada reminiscencia. Suelen ir, pues, en sus mejores trozos, por un lado la poesía del asunto que se vá abriendo camino como puede, y por otra la que el historiador laboriosamente compone con retales de la púrpura de Salustio ó de Tácito. Cuando ambas se funden armoniosamente, y la majestad de la toga romana no parece vestimenta de máscara sobre los hombros habituados á vestir morisco alquicel ó á adornarse con salvajes tegidos de algodón, todavía podemos aplaudir el artificio, y seguirle con embeleso, arrastrados por la pompa y número del período, ó por lo seco y nervioso de la sentencia; pero á la larga, tal ilusión resulta imposible, y advertimos que de la forma antigua sólo va quedando, cada vez más arrugada, la corteza.

De tan dura sentencia hay que salvar casi siempre á don Diego de Mendoza, el hombre más italiano de todo el Renacimiento español. El cual, por haber pasado su vida no en un claústro, ni en los bancos de una escuela, sino á todos los soles de la política y de la guerra, y por haber puesto las manos y el enten dimiento en las más altas empresas de su siglo, comunicó á la imitación misma algo de personal y jugoso, y un cierto andar libre y desenfadado, émulo de la inmortal brevedad de Salustio. A veces traduce literalmente á sus modelos, v. gr., á Tácito, en la llegada de Germánico al campo donde perecieron las legiones de Varo; pero nunca nos parece más clásico, es decir, más empapado en el grande arte de los antiguos (que él habia estudiado más derechamente y con más independencia de juicio que ningun otro español de entónces), que cuando dá más ensanches á la espontánea vivacidad de su natural cáustico, maldiciente y severo. Entonces si que verdaderamente dilata los términos de la lengua castellana, con aquel decir suyo, de tan precisa rapidez y de tan enérgica condensacion: finales bruscos y desgarrados, sentencias que aun

parecen correr sangre y quejarse de los dientes de la sierra que las ha dividido.

Vence á Mendoza, y á todos los historiadores nuestros, el Tito Livio talaverano en la magnitud del plan: véncelos tambien en la sabiduria ética, que de cada suceso quiere sacar una máxima y una advertencia; pero esta continua preocupacion de política trascendental quita evidencia y precisión á la historia, la separa del arte puro, y la convierte, no en un drama, sino en la confirmación práctica y experimental de los principios de un tratado *De Rege*. De aqui la frecuente indiferencia del autor en cuanto á la crítica de los hechos que narra, y el contentarse con cualquier testimonio, como si los hechos, por la sola razón de ser, no tuviesen ya un valor independiente de la moralidad ó epifonema que se saca de ellos. Así se explica el *plura transcribo quam credo*, derivado, no de pereza de entendimiento, sino de una concepcion singular de la historia, que no es ya la concepción clásica, aunque se dé mucho la mano con ella, ni es tampoco la moderna filosofía de la historia, aunque trasciende ya de los límites de simple narración, sino cierto modo de historia *pragmática*, que de lo pasado quiere sacar ante todo estímulo para lo porvenir, y que procede por medio de avisos y de escarmientos, ó, al contrario, por vía de emulación. De aquí la metamorfosis radical y evidente que, en manos de Mariana y de otros historiadores políticos, á contar desde el mismo Maquiavelo, experimentan los antiguos elementos del arte histórica, trocándose, de dramáticos que eran, en morales y dialécticos. Los retratos, tegidos generalmente de antítesis, no nos presentan ya criaturas reales, sino tipos de maldad ó de heroísmo. Las arengas no sirven ya para trasportarnos al agora ó al foro, y hacernos palpitar con las mismas pasiones que agitaron á los antiguos arcontes y tribunos, sino que son un medio convencional, indirecto y discreto, de darnos el autor sus propias filosofías políticas, por boca de un jefe de tribus bárbaras ó de algun reyezuelo de Taifas. Hay legisladores del arte histórica, como Luis Cabrera, que francamente lo confiesan, y aun lo tienen por invención felicísima. Quedaban las ánforas griegas, pero el vino estaba agotado.

Así, aun mostrándose exteriormente lozana, estaba ya herida de muerte la antigua forma histórica, como muere toda forma de arte por la ausencia del espíritu que la informaba, y por la intrusión de un elemento de utililidad prosáica. Sin advertirlo los preceptistas, todo había cambiado, descendiendo la historia á la categoría de obra didáctica, en manos de los políticos y de los hombres de acción y de negocios, y rebajándola, al mismo tiempo, los puros literatos, á la de ejercicio retórico, simulador de la pasión y de la vida. Así las más famosas historias latinas, de los Ossorios, de los Stradas, de los Bucanam, sin que apenas pueda exceptuarse á otro que á De Thou, y á éste, precisamente por político.

La degeneracion fué, sin embargo, lenta y tuvo nuestra lengua entre las vulgares, aun contando la de Italia, el privilegio de enterrar gloriosamente esta forma, madurada la primera vez bajo el sol del Atica, dilatada luégo por los romanos con majestad consular é imperatoria, y envuelta, al fin, en los *pañós reales y curiales*, de que hablaba el secretario de Florencia. Y es lo cierto que ella dió las últimas muestras de sí en la austera y férrea elocuencia del P. Mariana, especie de estoíco bautizado, inexorable censor de principes y de pueblos; y en algunos historiadores de Flandes y de Indias que por haber tenido el ánimo,

Ora en la dulce ciencia embebecido,

Ora en el uso de la ardiente espada,

alcanzaron aquella belleza «sencilla y desnuda, sin aparato oratorio, despojada de toda vestidura y cendal» (*cuasi veste detracta*) que admiraba Marco Tulio en los *Comentarios* de César. Y todavía en tiempos peores, cuando comenzaba á espesarse la cerrazón literaria, dictó á Moncada su elegante compendio de una parte de la Crónica de Muntaner, en el cual alguien echará de menos lo que no se compensa con todos los artificios literarios, y es la nativa y pintoresca simplicidad de viejo cronista, con su dejo rústico y almugabar.

«En inquirir y retratar afectos,» ninguno fué tan hábil como el portugués D. Francisco Manuel, atento siempre á

mostrar «los ánimos de los hombres, y no sus vestidos de seda, lana ó pieles,» como él mismo escribe. Más que de historia, tiene la suya de folleto político de acerbísima oposición hábilmente disimulada con apariencias de histórica mansedumbre. Como el asunto era contemporáneo, y las pasiones de sus héroes no distintas de las que á él le inflamaban, acertó á fundir el color del asunto con los colores de Tácito, haciendo á Pau Claris tentar las llagas de nuestra monarquía, «no sin dolor y sangre.» De donde resultó una obra excepcional y única, de tétrica y solemne belleza, rica en amarguras y desengaños, aguzados con profundidades conceptuosas, donde la misma indulgencia tiene trazas de lúgubre ironía, no de censor, sino de enemigo oculto, y donde encontró voz, por caso único en nuestra literatura, la tremenda elocuencia de los tumultos populares.

Con todas estas grandezas y esplendores, adolecía la historia, escrita al modo antiguo, de dos sustanciales defectos, que, tocando al parecer únicamente á su fondo y materia, influían al mismo tiempo, y como de rechazo, en la forma. Nacía el primero de la carencia de leyes generales y de una concepción primera y alta del destino del linaje humano, objeto de la historia. Por ser gentiles sus primeros y nunca igualados maestros, y por el estrecho círculo en que los encerraba la contemplación exclusiva de su patria y ciudad, no habían podido elevarse por las solas fuerzas racionales á la comprensión, á lo ménos total y perfecta, del gobierno de Dios en el mundo y de la ley providencial de la historia. Reducidos, pues, á la consideración del elemento humano, y aun de éste en su relación política, como ciudadano y miembro de un Estado, no acertaban á señalar con otros nombres que con los muy vagos y nebulosos de *caso*, *fortuna*, *hado* y *demonio*, aquel factor incógnito de la historia del mundo, cuya presencia tenían que reconocer por sus maravillosos efectos, que desbaratan toda combinación de la sagacidad humana, pero cuya raíz se les escapaba. Y así, á lo más que llegaban, como vemos en Herodoto, el más religioso de los griegos, era á poner de manifiesto, en casos singulares, la venganza de los

Dioses sobre los soberbios, inicuos y jactanciosos, y el restablecimiento de la *sophrosyne*, templanza ó quietud del ánimo, así en los individuos como en las repúblicas, ya por medio de esas mismas sangrientas justicias, ya por la vía de purificaciones, exorcismos y sacrificios expiatorios. Por donde la historia, en su esfera más alta; venía á usurpar el oficio de la tragedia, que inculcaba siempre, por voz del coro y en las peripecias mismas de la acción dramática, aquellas máximas de la antigua sabiduría: que «del campo del inicuo se recogió siempre fruto de muerte,» y que «cuando una ciudad impía olvida á los Dioses, cae sobre ella la venganza celeste y hunde en la ruina hasta á los justos que se hospedaban en ella» (1).

De tan fugaces vislumbres no podía nacer la filosofía de la historia: sólo el Cristianismo le dió base con las doctrinas de la caída y de la Redención, del origen del mal en el mundo, de la acción constante de la Providencia divina, sin menoscabo del libre albedrío humano. Aplicar estos principios á la historia, fué la tarea de los primeros providencialistas, empeñados en contestar á los paganos, que atribuían al abandono de la antigua religión, fuerza y nervio de la República Romana, las postreras calamidades que llovieron sobre el Imperio. Conocidos son los pasajes de San Agustín, *De civitate Dei*, y de Salviano de Masella, *De gubernatione Dei*, en que apareció formulada por primera vez, aunque brevemente, esta concepción cristiana de la Historia; pero suele olvidarse mucho el nombre del discípulo fiel de San Agustín, nuestro español Orosio, que es historiador, en el riguroso sentido del vocablo, aún más que los otros; como que á ruegos del grande Obispo de Hipona, y para darle materiales, trazó su cuadro de las calamidades del mundo (*Moesta Mundi*), título ya por sí mismo original y pesimista, al cual corresponde bien el contexto de la obra, que es una cadena de guerras, enfermedades, hambres, terremotos, inundaciones, erupciones volcánicas, rayos y tempestades, parricidios y crímenes de toda

(1) *Los Siete sobre Tebas.*

suerte (1), nueva y extraordinaria manera de escribir la historia. Ni es ésta la única novedad de Orosio, sino también la de ser el primer historiador universal, en el más propio sentido del vocablo, no ya por la extensión geográfica, en lo cual pudieran disputarle la prioridad Diodoro Sículo, Trogo Pompeyo, y otros antiguos, sino por haber sido el primero que consideró el género humano como una sola familia, y lo que es más, como un solo individuo, afirmando, no sólo que la divina Providencia rige el mundo lo mismo que el hombre (*divina Providentia, quæ sicut bona, ita pia et justa, et agitur mundus et homo*), sino que cada hombre, en sí y por sí, puede contemplar todas las vicisitudes del género humano: «per bona malaque alternantia exerceri huncmundum senit quisquis per se atque in se humanum genus videt.» Por eso anuncia Orosio, con arrogancia española, desde el primer capítulo, que si los antiguos historiadores han hecho el cuerpo, él va á poner sobre ese cuerpo la cabeza (2), y que colocado en una torre ú observatorio eminente (*tamquam de specula*) va á llamar al conocimiento (3) no los anales de una ciudad, sino los juicios de Dios y los conflictos del género humano.

Desde tal altura pudo comprender el primero la misión providencial de la ciudad romana, «por medio de la cual plugo á Dios (escribe Orosio) pacificar el orbe de la tierra, y reducirle á una sola sociedad por el vínculo de la república y de las leyes» (4).

Mucho tardó en prender esta semilla histórica. La Edad Media apenas conoció más formas de narración que el seco epitome de los escribas monacales, ó, al contrario, la pinto-

(1) *Quæcumque aut bellis gravia, aut corrupta morbis, aut fame tristia, aut terrarum motibus terribilia, aut inundationibus aquarum insolita, aut eruptionibus ignium metuenda, aut ictibus fulminum plagisque grandinum sæva, vel etiam parricidiis, flagitisque misera.*

(2) *¿Quid impeditenti est non ejus rei caput pandere, cujus illi corpus expresserint?*

(3) *Ad cognitionem vocare.*

(4) *Per quam Deo placuit orbem deballare terrarum, et in unam societatem reipublicæ legumque... longe lateque pacare.*

resca crónica, que con arte no aprendido y observacion fresca y espontánea, sin profundidades de filósofos ni de repúblicos, toda exterior y objetiva, sin ir tras de otra cosa que tras el hilo de la narración misma, nos cuenta lo que pasó en una prosa desatada, gárrula y encantadora, que parece gorjeo de pájaros ó balbucir de niños. ¿Qué primor literario iguala al encanto de una crónica, cuando es verdaderamente ingénua? Pondré un ejemplo, que lo es á la vez de grandeza épica y cristiana, y no lo tomaré de nuestra literatura, para que no se tenga por ostentación de las riquezas propias.

Recordad, señores, en la *Conquista de Constantinopla*, de Jofre de Villehardouin, mariscal de Champagne, aquella escena de tan maravillosa realidad y poesía, en que el viejo dux Enrique Dandolo, ciego de los ojos de la cara y muy alumbrado de los del entendimiento, sube al púlpito de San Marcos, y dirige desde allí su voz al pueblo, anunciándole su resolución de tomar la cruz y arrojarse á la más alta empresa que jamás hombres emprendieron. Y vedle luego el día del asalto, el primero en la proa de su galera, y delante de él el gonfalon de San Marcos, que iba á tremolar, por esfuerzo de los venecianos, sobre veinticinco torres de Constantinopla, en aquel día de inmensa, aunque estéril, gloria para la cristiandad latina, 17 de Julio de 1203. De tales crónicas hay pocas en todas las literaturas y bien pronto pereció hasta su recuerdo, ahogado por otros cronistas, sólo tales en el nombre, que, con sequedad de notarios, trataron de calcar el tono de su relato, primero sobre los *Paralipómenos* y los *Macabeos*, y andando el tiempo, sobre Tito Livio, pesadilla de nuestro canciller Ayala.

Renacieron al fin en su integridad las formas antiguas, gracias al maravilloso ingenio de algunos escritores florentinos; y ellos mismos, conociendo la deficiencia de una ley general histórica, trataron de buscarla, pero de un modo relativo y empírico, volviendo las espaldas al Cristianismo y separando la política de la ética. De aquí lo vano y seco de sus apotegmas, y el eterno fluctuar entre lo justo y lo injusto, como que no calificaban ya las acciones por ningun principio

de carácter universal y trascendente, sino por un empirismo ciego, que tiene para cada caso su receta, y que por eso resulta inhábil en otra combinación de circunstancias. La elegancia constante y un poco fría de Guicciardini, la admirable mezcla de originalidad y sencillez, de poder y naturalidad, que forma el mayor encanto del estilo de Maquiavelo, á un tiempo familiar y elocuente, hacen imperecederas sus historias, harto más que los ponderados misterios de la razón de Estado, trivial cuando no es inicua. «Las cosas pasadas (dice Guicciardini) darán luz á las futuras, porque el mundo fué siempre de una misma suerte, y todo lo que es y será, ha sido en otro tiempo, y las mismas cosas vuelven, bajo diversos nombres y colores.» «El cielo, el sol, los elementos, los hombres, han sido siempre los mismos,» leemos al principio de los *Discursos sobre Tito Livio*.

Contra tales doctrinas, negadoras de toda esperanza de progreso, y no menos agrias y desconsoladas que las que acompañaron los funerales del mundo pagano, se levantó de nuevo la escuela de San Agustín y de Orosio, formulando, por boca de Fr. José de Sigüenza, en el prólogo de su *Vida de San Jerónimo*, la admirable teoría de los *hombres providenciales* (1), que, por decirlo así, exaltó y magnificó el elemento humano en la historia, lanzando los gérmenes del *Discurso* de Bossuet, donde se ve caminar á los pueblos como un solo hombre, bajo el imperio y blando freno del Señor.

Pero apenas nacida la filosofía de la historia, comenzó á separarse del tronco materno, y á hacerse cada día más filosófica y menos historial, en Vico y en Herder, de donde resultó el constituirse en ciencia aparte, ciencia de los principios y de los últimos resultados de las acciones humanas, ora inspirada por una metafísica *á priori*, que quiere encontrar en los hechos su confirmación, ora apoyada en la observación de estos mismos hechos, y construida *á posteriori*, por vía experimental. En uno y otro caso trasciende de la historia pro-

(1) Análoga doctrina, pero con sabor cuasi-panteístico, sostiene el moderno filósofo norte americano Emerson.

piamente dicha (la historia narrativa); pero influyó en el modo de escribir esta historia con un sentido más grave y más profundo que el de los moralistas y políticos, y contribuyó á darle unidad todavía más estrecha que la unidad dramática, y á que se viera cada hecho como manifestación de un organismo; con lo cual, si el elemento individual perdió algo, ganó en cambio el universal, y apareció más grande la obra del individuo, cuando se la vió no aislada y anecdótica, sino en relación inseparable con la obra social.

En una palabra, aunque el historiador no fuera filósofo, comenzó á parecer cosa ilícita escribir la historia sin alguna manera de filosofía. Cierta que ésta fué al principio achacosa y endeble, como toda filosofía del siglo XVIII, siendo más de aplaudir el intento que la ejecución, aun en los tres ingleses que forman la más espléndida corona de la historia en ese período. Pero fué, con todo eso, gran novedad y grande esfuerzo aquella introducción de Robertson, que por primera vez trató de dar luz al caos de la Edad Media y de penetrar en el espíritu de sus instituciones, y será siempre digna de admiración en Gibbon la erudición inmensa y segura, y aquel indeficiente anhelo de buscar la historia en todo género de fuentes.

Tuvo también el siglo XVIII (y el nombre de David Hume me lo trae á la memoria) el mérito de haber intentado remediar en algun modo el segundo de los defectos, que antes reconocí en la forma oratoria, quiero decir, el olvido de todas las actividades humanas distintas de la política y de la guerra. Por primera vez comenzó á hablarse en las historias, de comercio, de industria, de artes, de literatura y hasta de costumbres familiares y domésticas, y á entenderse que el hombre no vive sólo en la plaza pública, ni en el campo de batalla, ni ha de ser forzosamente rey ó tirano, ó siquiera *condottiere* y capitán de bandidos armados, para que sus hechos parezcan dignos de inscribirse en las tablillas de Clío.

Todo esto, á la larga, debía ser savia benéfica para el árbol de la historia; pero el siglo XVIII no acertó á coger los frutos, cegado como estaba por el criterio más parcial, más estrecho, más sañudo y más desconocedor y despreciador del

espíritu de otras edades, que puede imaginarse. La historia continuó siendo literaria; pero no calzó ya el coturno trágico, sino el zueco de la ínfima farsa, y de épica bajó á epigramática, convirtiéndose en un tejido de agudezas miopes, sin generosidad, sin sentido moral y sin nada que se pareciera á segunda vista ni á reconstrucción de lo pasado.

Y no se ha de negar que hay arte insuperable en la eterna transparencia de la prosa de Voltaire; pero arte lejano cuanto cabe del arte de los antiguos, y de la serena, íntegra y desinteresada contemplación de la grandeza ó de la miseria humanas, que piadosamente busca y recoge la historia. Toda la objetividad de ésta se aniquila y desaparece entre los móviles juegos de un estilo expresivo, pero no bello, que á las grandes cualidades de emoción y elocuencia, propias de los antiguos narradores, sustituye el imperio de la gracia personal, y el golpe de la flecha enherbolada, leve y aérea en Voltaire, torpe y plomiza en Gibbon.

Moría entre tanto, la historia por penuria de elementos pintorescos. Voltaire y los suyos habrán dado de mano á las arengas y á los grandes cuadros de composición, ya desacreditados por el abuso retórico. Quedaban los retratos y paralelos, esmaltados con rasgos de *bel-sprit* y malignas agudezas. El libelo invadía por todas partes la jurisdicción de la historia, y si las antiguas y clásicas habían sido (como dice lord Macaulay) *novelas fundadas en hechos*; las modernas solían ser novelas fundadas sobre la mera ingeniosidad del autor. El color local era cosa ignorada; borrábase toda distinción entre la cultura y la barbárie; se escribía en estilo de salón la historia de los pueblos salvajes; se rebajaban todos los puntos ásperos y salientes; todo rasgo enérgico de costumbres era condenado al olvido, y el hombre de la historia no era el sér instable y múltiple de aspectos que conocemos, sino cierta entidad abstracta, á quien se adulaba ó se deprimía, conforme á las necesidades de una tésis.

La tésis y el epigrama enterraron la historia, y venida la reacción, comenzó á sentirse la sed de algo original, característico y rudo, que nos trajera olor de flores agrestes y ruido

de selvas primitivas. Y como la historia escrita al modo de Gibbon ó de Voltaire hablaba al ingénio, pero no á los ojos, y la historia escrita al modo antiguo no abarcaba mayor espacio que el que va desde la Acrópolis hasta el Pireo, ó el que se dilata desde el arco de Septimio hasta el anfiteatro Flavio, fué menester que una mitad entera de la historia humana saliese de entre escombros y cenizas, evocada por los conjuros del arte. Sacudieron su manto de polvo las abadías y las torres feudales; tornó á arder un monte de leña en la cocina del señor sajón, mal avenido con la servidumbre de su raza; volvió á correr la tierra el maniferro Goetz de Berlichingen, terror del Obispo de Bamberg y esperanza de los aldeanos insurrectos; coronóse de lanzas y de alborotada muchedumbre de croatas, arcabuceros y frailes el campamento de Wallenstein; repitieron las gaitas de los *highlanders* escoceses la marcha de combate; resonó en los lagos de Suiza el juramento de los compañeros de Stauffacher; cayó el Innominado á los piés del Cardenal Federico, y se alzó en el lazareto de Milán la bendita figura de Fra-Cristóforo. Se dirá que fueron arte híbrido, arte de transición, el drama y la novela históricos, pero ¡dichoso el arte que tal sangre vino á infundir en el cuerpo anémico de la historia!

Entonces nació la escuela pintoresca, la de los Barante, la de los Thierry, que confiesa su abolengo en *Quentin Durward* y hasta en el carro de Meroveo. Creció la avidez del pormenor característico, el amor de lo infinitamente pequeño, la indumentaria ahogando al prócer ó al villano entre armaduras, jaeces y muebles; y llegó día en que las historias de la Edad Media parecieron iluminaciones de libros de coro ó tablas bizantinas.

Otros buscaron luz por distinto camino, y vióse en Inglaterra renacer, por impulso del más grande de los historiadores modernos, la forma oratoria, tan espléndida como en los mejores días de la antigüedad, y tan rica de pasión y de ardorosa elocuencia como en el yerno de Agrícola: historia parcialísima lo mismo que sus modelos, historia de facción y de bandería; pero tan sincera, tan honrada y tan sábiamente par-

cial, que borra con lo que tiene de poema lo mucho que tiene de alegato. Obra varia y tan opulenta como la misma naturaleza; poema de la libertad civil, de la industria y de la prosa; viril esfuerzo de una alma romana, para ennoblecer con majestad patricia el trabajo moderno y llevar de frente todas sus actividades, como si fuesen órganos de un mismo cuerpo, y no aislados mecanismos, cual los consideraba la filosofía del siglo XVIII. Al fin, en esa historia, que no es filosófica, ni religiosa, ni literaria, ni comercial, sino todo esto y mucho más, y no por fracciones atomísticas, sino todo á un tiempo, y con la misma libertad y movimiento de la vida, el animal humano respiró entero.

Siempre es bueno, cuando se anhela por lo perfecto, detenerse en las cumbres, y por eso quien traza hoy la imagen del arte histórico debe detenerse en lord Macaulay. Pero es condición del entendimiento humano no ver agotada nunca la virtualidad de concebir que en sí lleva, é imaginar siempre sobre la perfección ya creada otra perfección más alta. Y así como Marco Tulio fantaseaba la idea del orador perfecto, cual nunca fué visto entre los humanos; y «así como el artífice ateniense, cuando labraba la estatua de Jove ó de Minerva, no contemplaba ningun modelo vivo, sino el admirable dechado de perfección, que habitaba en su mente y que regía su arte y su mano,» así nos es lícito soñar para muy remotas edades con el advenimiento de un historiador aun más grande que Tácito y que Macaulay, el cual haga la historia por la historia, y con alta impersonalidad, y sin más pasión que la de la verdad y la hermosura, reteja y desenrolle la inmensa tela de la vida.

Pero antes que el historiador perfecto llegue, es preciso que se cumpla la obra de investigación en que nuestro siglo está empeñado. ¿Y cuándo hubo otro más glorioso para los estudios históricos que el siglo de los Niebuhr y de los Momsem, de los Curtius y de los Grote, de los Rawlinson y de los Oppen, de los Savigny y los Herculano, de los Ranke y los Gervinus? Todo se ha renovado en menos de cuarenta años: el extremo Oriente nos entrega sus tesoros: las esfinges del valle del Nilo y los ladrillos caldeos nos han revelado su secreto: las

raíces aryas, interpretadas por la filología, nos cuentan la vida de los patriarcas de la Bactriana: donde quiera se levantan, del polvo que parecía más infecundo, dinastías y conquistadores, ritos y teogonías. Empiezan á sernos tan familiares las orillas del sagrado Ganges como las del Tíber ó las de Ilyso, y la leyenda del Sakya-Muni tanto como la de Sócrates. Hasta el mundo clásico parece haberse remozado en alguna fuente de juventud, y vemos hoy, con los mismos ojos de amor que en el siglo xv, un nuevo Renacimiento.

Et geminum solem, et duplices se ostendere Thebas;

es decir, otra Atenas y otra Roma mucho más hermosas que las que aprendimos á ver en las escuelas. Y al mismo tiempo, la Edad Media, que antes sólo respondía á las solicitudes del arte, es ya amorosa esclava de la ciencia, y manda rios de luz desde cada tumbo monástico y desde cada privilegio ó carta municipal.

Pero reconociendo y admirando los triunfos de esa crítica y de esa filología que Niebuhr llamó, con majestad religiosa, «mediadora de la eternidad, inclinación secreta que nos lleva á adivinar lo que ha perecido,» esperemos, señores, que no siempre se ha de ver encerrada en la caja de hierro de la ciencia pura, es decir, en libros sin estilo y abrumados de notas y testimonios, sino que algun día romperá la áspera corteza, y entonces (digámoslo con palabras del gran Niebuhr) «será semejante á aquella ninfa de la leyenda eslava, aérea al principio é invisible, hija de la tierra luego, y cuya presencia se manifiesta sólo por una larga mirada de vida y de amor.»

LOS PARÁSITOS.

(Continuación.)

¿Estaría tan brusca y desapacible matrona en posesión del secreto que el Marqués no había logrado nunca esclarecer, y que tanto importaba descubrir en los actuales momentos? Una secreta voz le gritaba á Juan Antonio que de cuantas suposiciones había hecho, esta era la cierta y positiva, y sin embargo, se obstinaba en rechazarla, acaso, acaso por ser la que más le contrariaba, pero dado que alguien tenía que tener la llave del enigma, y que su antigua nodriza era, después de muerto D. Pelegrin, la única persona ajena á la familia del Marqués, que hubiese asistido á los sucesos coetáneos de su nacimiento, no era maravilla, que aun á pesar suyo, Juan Antonio tuviera este pensamiento, aunque sólo fuese para desearle enseguida.

De todas maneras, fuese que pensara en Indalecio, ó en Eulalia, y hasta en la poco simpática ama de llaves de casa de su tío, la imaginación de Juan Antonio, al parecer absorbida exclusivamente por los asuntos de alta política que traía entre manos, solía volar frecuentemente muchas leguas del teatro de los sucesos para posarse con más complacencia que sorpresa en la tranquila y adormecida ciudad del Aranduela, que tan precipitadamente y con tan pocos escrúpulos y cariño dejara meses antes.

Y no carecía ciertamente de mérito esta abstracción y apartamiento de los sucesos en que intervenía á diario, siquiera no tomasen en ella parte las más nobles potencias del ambicioso y soñador diputado, porque eran aquellos de tal mag-

nitud en lo que á su importancia personal se referia, que á otros ménos egoistas y más frios corazones que el suyo hubieran absorbido por completo, haciéndolos inaccesibles á cualquier otro sentimiento.

Juan Antonio habia recogido para él sólo, y nadie pensaba seriamente en disputárselos, los laureles de la activa campaña parlamentaria que en aquel momento se reñia. Su discurso, aplaudidísimo por las diferentes fracciones de la Cámara, le dió ocasión de sentar plaza entre los primeros y más intencionados oradores, y aun más que su discurso su ductilidad y discreción en las conferencias y cabildeos de los pasillos; su buen sentido y nada vulgar instrucción en las comisiones; su causticidad inagotable; su conocimiento y práctica del mundo, y en especialidad del mundo de la política regido por tan difíciles y contradictorias leyes, le habian proclamado con esa verdadera unanimidad que la opinión pública, rara vez concede sino á sus elegidos, como un hombre notable, ó segun voz corriente, como un hombre de *grandes condiciones*.

En cuanto á averiguar la cifra exacta de íntimas y verdaderas satisfacciones, que tales y tan importantes ventajas le proporcionaban, no creemos sorprender al lector si le decimos que jamás nuestro héroe se tomó el cuidado de esclarecerla, atreviéndonos á sospechar que hubiera sido punto ménos que imposible descubrir tan intrincado problema, entre los infinitos de su aritmética. Sin embargo, si hemos de juzgar por su aspecto exterior, por sus más íntimas afecciones y por lo que de su humor y trato referian los más allegados á su persona, forzoso nos será confesar que el aplaudido diputado, el hábil político y el espartísimo hombre de mundo, distaba mucho, no obstante, y tal vez á causa de sus brillantes triunfos, de ser lo que se llama un hombre feliz.

Sobrábanle para serlo tantas condiciones que á pesar de hallarse en presencia de las más codiciadas, indudablemente le faltaba alguna, acaso aquella misma que de poseerla le hubiera inutilizado las restantes. Faltábale, en suma, ese contento y satisfacción del propio obrar que sólo consiguen

aquellos que néciamente se hallan prendados de sí mismos ó á aquellos otros que olvidados de toda norma ó ley moral saldan, con el desprecio de sus semejantes, las cuentas más embrolladas de su conciencia.

No constituía la enfermedad de aquella alma nacida para el bien, y á la que, sin embargo, atraía el mal, con fuerza tan irresistible como constante, una excepción en el mundo especial en que vivía. Junto á él y en condiciones parecidas á las suyas, vivían otros hombres tan colmados de dones por la fortuna, tan dichosos en sus empresas, tan llenos de triunfos y laureles como él mismo, y como él profundamente desgraciados; porque si la ambición además de hacer grandes y poderosos á los hombres, consiguiera hacerlos felices, llegaría á convertirse en absoluta soberana del mundo moral, en el que, por fortuna, sólo reina con grandes y poderosas limitaciones.

No se entienda, por esto, que Juan Antonio estuviera inclinado á cambiar de conducta ni que figurase (siquiera fuese en última línea en el capítulo de sus aspiraciones) la de trocar su condición por otra más humilde y tranquila: nada de eso. Era para él punto ménos que indudable que lo que hacía, bueno ó malo, no tenía más hechura que la que le dieran los acontecimientos, y, sin embargo, algunas veces se mostraba irritado contra ellos, y les daba en su imaginación sobrecitada la forma y afecto exterior de implacable y tiránica divinidad, nunca contenta ni satisfecha en su inexhausta sed de sacrificios.

Rara vez se presentaban tan claramente formulados á su propia conciencia el sumario de sus tristezas y remordimientos, y por lo comun sólo aparecían éstos, de vez en cuando, bajo el aspecto de una aparente flaqueza, contra la que se esforzaba en luchar su indomable orgullo, ó de un afecto dulce y no satisfecho que en vano quería rechazar su corazón encalecido.

«¿Por qué?»—solía pensar el desgraciado, sin advertir que tomaba por ley providencial de su existencia lo que no era más que el voluntario vasallaje de sus pasiones:—«¿Por qué no he de ser yo como los demás hombres?» «¿Por qué me ha

tocado desempeñar en el mundo el odioso papel de verdugo, y á mi paso no ha de brotar, como brotan en el camino de la juventud, ni una ilusión que no se pierda, ni una esperanza que se logre, ni una flor que no se marchite?» «¿Qué lote es el mio en este incierto y oscuro juego de la vida que implacablemente se me niega lo que tantos otros consiguen, el placer de corresponder á los afectos que inspiro, el reposo para saborearlos y la abnegación necesaria para devolverlos?» «¿A quién sino á mí han obligado las circunstancias á ser ingrato con su familia, desagradecido con sus amigos, traidor ó desleal á la mujer amada?»—Y colocado ya en la peligrosa pendiente de acusar á la fatalidad de todos los delitos de que su voluntad era autora, seguía lamentándose, no de sus propios yerros, sino de la injusticia de la suerte que á su entender se había complacido en imponérselos como inmerecido castigo.

¡Cosa extraordinaria! Al reflexionar de esa suerte sobre lo que con frase impía llamaba Juan Antonio su destino ó su fatalidad, ó su hado, nunca se le ocurría ni áun en sus horas de mayor hastío y desaliento rehacer con la imaginacion la historia de su vida, reanudar la cadena de afectos, de gratitud y de dulces esperanzas, que voluntariamente habia roto, y colocarse para hacerse cumplida justicia, no en la esfera á que le habian elevado sus pasiones, sino en la humilde situación en que le hubieran puesto sus deberes. Le era más cómodo, como á tantos otros de su mismo temple, calumniar al mundo despues de haberle dominado, y pedir la felicidad y la paz del alma como debido complemento de su ambicion satisfecha.

.

Un dia que estos desordenados pensamientos se agolpaban á su imaginación, con mayor fuerza que otras veces, acibarando sus recientes y envidiados triunfos, al repasar con la vista los sobres de su ya abundante correspondencia, fijóla con evidente sorpresa en una diminuta y á todas luces femenina esquila, cuyo aspecto, tamaño y caractéres formaba peregrino contraste con el resto de las cartas que desparramadas sobre el pupitre esperaban turno para ser abiertas.

Con más sorpresa que emoción rompió Juan Antonio el sobrescrito, leyendo, ó mejor dicho, devorando con la vista los cortos renglones que encerraba, hecho lo cual y como si temiera ser sorprendido, con ese instintivo recelo y cuidadosa solitud que á todo hombre, por frio y escéptico que sea, inspira la letra de la mujer amada, volvió á guardarla en el sobre, y se levantó á encerrarla en un cajon, no por cierto el más grande, pero sí el más recóndito de su escritorio, donde cayó en la buena compañía de otras esquelas de forma análoga y áun de muy semejantes caracteres.

Digámoslo en descuento de su vanidad; la sonrisa que se dibujó en el semblante de Juan Antonio (¡qué hombre no sonrie al recibir una carta de una mujer!) no fué sin embargo una sonrisa de triunfo, ni siquiera una sonrisa de satisfacción; fué más bien una triste sonrisa, reflejo tan pálido de sonrisa de enamorado cuanto en la realidad de las cosas puede distinguirse un cariño sereno y espontáneo de una de esas pasiones que interesan más que al corazón á la cabeza del que las experimenta ó inspira.

No fué con todo eso tan fugaz ni pasajera la impresión que la misteriosa carta produjo en nuestro amigo que le permitiera entregarse inmediatamente con el desenfado y la libertad de otros dias á la penosa pero necesaria tarea de abrir todo el correo. Si despues de la primera leyó otra ú otras dos cartas, perezosamente y como quien está á mil leguas de aquello mismo que tiene delante de los ojos, será lo más que concedamos. El resto de la correspondencia aguardó en vano más de media hora sin que el activo y celoso diputado se tomase el trabajo de registrarla, y quién sabe los hilos importantes de sublimes combinaciones, las tramas gigantescas y trascendentales proyectos que sufrieron aquel dia un injustificado aplazamiento, no obstante hallarse formulados (con excepciones más ó ménos honrosas) en correctos y viriles caracteres por la traidora competencia que logró hacerles media docena de renglones trazados con la tinta más pálida y con el pulso más tembloroso de que puede disponer mano femenina.

Por tercera vez, desde que se levantó para guardar la per-

turbadora esquila, volvió á levantarse Juan Antonio, y despues de dar unas cuantas vueltas por el cuarto en la tradicional actitud y característicos ademanes del hombre que prefiere á resolver de pronto una dificultad ó una duda tomarse deliberadamente algunas horas para meditarla, volvía otra vez á sentarse, cuando el criado entró á anunciarle la visita de un desconocido que á toda costa se obstinaba en ser recibido, asegurando, como es uso y costumbre de todos los importunos, que el visitado había de tener una grandísima satisfacción en verle.

Acaso en otras circunstancias, Ruiz del Busto, que comenzaba ya á contar, como todos los personajes, con importunos y solicitadores, hubiera manifestado categóricamente al doméstico que la supradicha satisfacción era, por lo que á él se refería, de la naturaleza de las hipótesis más aventuradas, pero sin duda las especiales condiciones de su ánimo le aconsejaban, aun contra su gusto y comodidad, procurarse algun alivio ó distracción por enfadosa que fuera, porque en vez de negarse á la visita, autorizó al criado para que introdujese al forastero, que por las señas comprendió Juan Antonio debía ser algun elector influyente de su distrito.

Pero bien pronto tuvo ocasión, sino para arrepentirse de su generosa resolución, por lo ménos para lamentar el haberla tomado de ligero, cuando vió aparecer en los umbrales de su habitación, nó el desconocido ó apenas saludado rostro del adivinado elector, sino la auténtica y familiar fisonomía de su propio deudo Indalecio Burguillos, que con expresivos y no muy amigables ojos, le contemplaba de hito en hito como si despiadadamente se gozase en la poco grata sorpresa que le proporcionaba.

—¡Indalecio! ¿cómo? ¡tú por aquí! .. ¿qué te ha traído?— tuvo sin embargo su primo valor suficiente para exclamar, adelantándose en amistoso ademan hácia el recién venido, por más que en su interior enviase á todos los diablos la ocasión y el motivo de su venida.

—No hay de qué...; gracias,—le contestó Indalecio muy secamente, sin estrechar, (como en días más serenos para su

espíritu no hubiera dejado de hacerlo), las manos que Juan Antonio le ofrecía.—Tenemos mucho que hablar... sabes,—añadió despues de una breve pausa, en la que como preparación oratoria, esgrimia con rapidez nerviosa un descomunal y anticuado sombrero de copa alta, casi enteramente cubierto de gasa negra, y como si este solemne producto de las manufacturas Duradonesas le inspirára de pronto el más elocuente exordio, siguió diciendo, siempre con acento gutural y casi entre dientes:—ya ves que la ocasión es triste, ¡eh! ya ves que estoy de luto, ya sabes, ó debes saber, que se murió el tío... es decir, mi pobre padre, que Dios tenga en la gloria.

—¿No has recibido carta mia?—preguntó Juan Antonio apelando al conocido recurso de las cartas extraviadas.

—Nó..... no la he recibido, y francamente lo he extrañado..... gracias, no te incomodes, está bien así;—esta interrupción se dirigía más que á Juan Antonio al sombrero, del que positivamente no quería desprenderse Indalecio en aquellas circunstancias.—Está bien así; no se estropea por eso, y aunque se estropeará se me importaría un comino..... Otras cosas tiene uno en la cabeza que importan mucho más que un sombrero.

—Veo que estás sentido conmigo,—dijo Ruiz del Busto sin recoger la alusión, más inocente que maliciosa, de su afligido primo.—Estás incomodado conmigo, y acaso con razon.

—Con razon ¡eh! ¡caramba, ya lo creo!—exclamó Indalecio despidiendo llamas por los ojos, algo enturbiados por las lágrimas.—¡Con razon!... ahora sí que estas en lo cierto; bueno es que lo confieses ¡caramba! y ya tenemos algo adelantado para empezar á entendernos.

(Se continuará.)

SANTIAGO DE LINIERS.

EN EL CAMPO.

En esta soledad tan deliciosa,
apartado del mundo y su rüido,
veo salir el sol, que precedido
va de la aurora sonrosada hermosa;
al ave escucho en la alameda hojosa
cantar alegre junto al blando nido,
y veo la pintada mariposa
volar de flor en flor; dulce sonido
oigo á la fuente al descender al llano;
el céfiro susurra placentero
trasportando el aroma grato y sano
de las variadas flores del otero;
y apoyando la frente en diestra mano
digo: ¡y dudan de ti, Dios verdadero!!

JOAQUIN AMBROSIO PALACIOS.

CRÓNICA POLÍTICA

DEL INTERIOR Y DEL EXTRANJERO.

Estamos en pleno Municipio. Diríase que España, á pesar de su complicado régimen político, ha vuelto á su antiguo y tradicional organismo de comunidades y concejos, y que en este siglo de los consumos, de los ferro carriles y de los comisionados de apremio, empiezan otra vez á restaurarse las libertades municipales.

No lo decimos precisamente por las libertades que suele y ha so ido tomarse con los habitantes de la villa, la higiene pública y el ornato de la capital, nuestro paternal Ayuntamiento, sino por lo libremente que de algun tiempo á esta parte hemos convenido en hablar de todos los asuntos que se refieren á la administración de la municipalidad madrileña.

Era ya uso constante entre nosotros desde hace muchos meses, que al encontrarnos con un amigo en la calle le dirigiéramos, señalando un derribo invasor, ó un municipal cruzado de brazos, ó un tranvía descarrilado, en vez de los ¡buenos días! acostumbrados, esta otra salutación mucho más expresiva ¡buen Alcalde!

Acudíamos presurosos á los espectáculos públicos cuando anunciaban sus carteles *El Alcalde de Zamora*, *El mejor alcalde el Rey*, y hasta *El alcalde Ronquillo*, y un teatro de segundo orden hubo de retirar de las tablas, á petición del público, la regocijada comedia que se titula *No mateis al alcalde*.

Hasta en las antesalas y cocinas se hablaba con toda libertad y sin temor de comprometidas alusiones de las sisas municipales. En las sobremesas de mejor tono recaía la conversación de las damas más pulcras y de los más almiarados galanes sobre las interioridades y detalles íntimos del Matadero, y en Casinos y tertulias, en cafés, cervecerías y Colmados no se oía otra cosa que justiprecios de metros cúbicos de desmonte, tasaciones de piés cuadrados de terreno, arbitrios sobre coches, caballos y perros, descripciones geográficas de las alcantarillas y valoraciones de Alcaldes, Tenientes y Regidores.

Esta emidilla de asuntos municipales ha transcendido hasta la juventud estudiosa: un alumno de primeras letras, en un exámen público, se ha obstinado, contra todos los preceptos de la ortografía, en escribir Hay—untamiento con h, y un discípulo de una escuela especial al que le preguntaron que dónde se encontraba la zona tórrida, respondió sin vacilar que en la zona de ensanche.

Hay asuntos desgraciados, y este asunto del Ayuntamiento lo es como pocos. Las circunstancias, indiscretas en más de una ocasión, se han por-

tado en la presente, como si tuvieran que vengar considerables agravios de la municipalidad de la villa.

El proceso de Monasterio, las elecciones municipales, la discusión de la ley de empleados de administración local y como desenlace final, la dimisión del Alcalde 1.º, han sido, por decirlo así, los actos en que se ha desarrollado el interesante y complicado drama en que ha lucido sus grandes condiciones de actor de carácter el Excmo. Sr. Conde de Xiqueña, Gobernador de Madrid y su provincia.

Y véase cómo una crisis que se inició por el Ministro de Gracia y Justicia, viene á resolverse con la dimisión de un Alcalde.

Vuelta la oración por pasiva, no será extraño que el día ménos pensado empiece á manifestarse la opinión pública en contra del Sr. Romero Paz ó del Sr. Moreno Elorza, y resulte dimitido el Ministro de Gracia y Justicia.

El único de quien se sabe positivamente que no dimitirá nunca, es del Presidente del Consejo de Ministros. No hay que darle vueltas, mejor dicho, por muchas vueltas que se le dé, nunca dejará de girar en derredor de su poltrona.

Por lo demás, él está dispuesto á todo género de sacrificios y pronto á hacer todo linaje de confesiones. Si se le habla del asunto de Monasterio, dirá que él rechaza *allivamente* toda responsabilidad moral y material, que si el Juez ha faltado, se le procese, y si la Sala condena al reo, que se le ahorque. Si se le pregunta por las causas de la dimisión del señor Abascal, responderá con igual *altivez* que eso no es cuenta suya; que entre el Gobernador y el Alcalde reinaba incompatibilidad de humor y lucha de caracteres, y si se insiste en las acusaciones, apelará al socorrido recurso histórico y nacional de «lo mismo hicisteis vosotros.»

Y no es lo peor que el Presidente del Consejo se sacuda de este modo las pulgas, sino que la mayoría le aplauda cuando le ve entregarse á estas expansiones de independencia.

Pero si la mayoría no aplaudiese tales desahogos en su jefe y señor natural, ¿qué es lo que iba á aplaudir en tan excelso personaje? Despójese al Sr. Sagasta de ese desenfadado arrojo con que en momentos dados y cuando precisamente sus enemigos le juzgan ya rendido á sus certeros golpes, se levanta de la arena del combate y arremetiendo furioso á los contrarios, siembra por un momento en sus filas la confusión y el espanto, y el actual presidente del Consejo, cabeza y solar de la estirpe fusionista, perdería no sólo su fisonomía propia sino todos sus títulos á la no disputada gefatura de su partido.

Por eso hay que andarse con mucho pulso cuando de combatir al señor Sagasta se trata. Nadie como él sabe hacerse el muerto, pero ninguno le excede en el arte de resucitar cuando se le juzgaba más enterrado.

A nuestro juicio, el tan aplaudido discurso de su rival en arte parlamentario, el Sagasta de los conservadores, ó sea el Sr. Romero Robledo, produjo en vez del apetecido efecto de rematar la situación fusionista, el efecto de resucitarla.

Y no es que al político antequerano le falten condiciones ni popularidad para luchar brazo á brazo con su antiguo amigo y jefe, sino que fiado

tal vez en el exceso y abundancia de esas condiciones y envalentonado con los aplausos de sus numerosos admiradores, entra en la liza hasta el terreno jurisdiccional del contrario en vez de mantenerse en el suyo, se atraca de enemigo, como los toreros valentones de toro, y las más de las veces, aunque á fuerza de audacia y bizarría lo disimule, resulta cogido antes de volver á la suerte.

De aquí esa falta de unidad, que algunos llaman brillantez, y que á los ojos de muchos desluce los mejores y más intencionados discursos del Sr. Romero Robledo. Dirigese á tantos puntos distintos á la vez, toma tan diferentes posiciones, y combate por tan opuestos lados, que si el adversario no se aturde en los primeros momentos y sabe conservar la serenidad necesaria ante aquel diluvio de tajos y mandobles, no le es difícil reponerse y aun devolver á la primera parada, sino todos, por lo menos algunos de los golpes recibidos.

No basta tener una buena causa y defenderla con briosa elocuencia y bizarro empuje para ganarla. Acaso la gana mejor y más pronto el que con menor lujo de accidentes oratorios y de fuego parlamentario sabe plantearla acertadamente.

¿Cuál era el cargo sério que de la dimisión del Alcalde de Madrid resultaba para el Gabinete fusionista? Pues no era otro sino que ese funcionario, que hoy ha caído por una imposición de la opinión pública, ha vivido durante dos largos años completamente identificado con la situación que le colocó al frente del Ayuntamiento de Madrid, recibiendo de ella todo género de protección y auxilio, y prestándosele á su vez en cuantos actos políticos y administrativos se ha reclamado su influencia. La pericia del Sr. Romero Robledo debía, pues, haber consistido en encerrar al Presidente del Consejo en este argumento: «Una de dos, ó el Sr. Abascal merece su suerte, ó no la merece. Si no la merece, ¿por qué se le ha obligado á dimitir su cargo? Si la merece, ¿por qué no le ha dimitido antes?»

Pero agrandar la cuestión, tomando pretexto de ella para discutir la política general del Gabinete, enlazar con el expediente administrativo el expediente político, empezar por Abascal para concluir en el Duque de la Torre, y hacer el proceso del liberalismo de Sagasta á propósito del proceso de Monasterio, por más extraordinario y fenomenal que parezca á los admiradores de esta elocuencia, de aluvión en la que es maestro el infatigable coronel de los húsares, no puede conducir á otra cosa sino á lo que condujo en la sesión del jueves, á que la mayoría al oír tantos y tan contradictorios cargos, llegara á convencerse de que no tenia que responder de ninguno.

De seguro que ningún individuo del Gobierno hubiera hablado de la causa de la calle de la Fresa, si el Sr. Romero Robledo no hubiera traído al debate este deplorable antecedente jurídico-administrativo, y que el Sr. Gonzalez Blanco no hubiera pronunciado su largo, instructivo y pintoresco discurso, si el *leader* de los liberales conservadores no se hubiera obstinado en establecer peligrosas comparaciones entre aquel proceso y el proceso que late y vive dentro de la dimisión del Sr. Abascal.

En una palabra, el debate político, lejos de perjudicar al Gobierno y de debilitarle en el Parlamento le ha robustecido, aun dejando á un lado por ahora las declaraciones de no intervención del Sr. Montero Rios, y no es aventurado afirmar que no será la mayoría parlamentaria lo que le falte al Sr. Sagasta, mientras no perciba con delicado oído en otras regiones esos ruidos misteriosos á que aludía el Ministro de la Goberna-

ción, únicos que anuncian en la política española el advenimiento de las grandes catástrofes.

No cabe dudar, por otra parte, de que el nombramiento del Sr. Marqués de Urquijo para Alcalde de Madrid, ha satisfecho, si no totalmente, al menos en gran parte, las justas exigencias de la opinión pública; y decimos en parte, porque lo que Madrid y España entera hubieran aprobado calurosamente hubiera sido una medida más radical respecto de una Corporación que, doloroso es decirlo, pero viene manifestándose desde hace tiempo en completo divorcio con el vecindario de la corte y con la opinión pública de todo el reino.

Mucho esperamos del nuevo Alcalde, y mucho puede hacer el que á nuestros ojos ha hecho ya en el asunto lo más difícil, que es aceptar un puesto en el que tantos y tan graves disgustos le esperan.

Continúa entre tanto la Comisión general de presupuestos preparando con actividad y diligencia suma los trabajos para la discusión parlamentaria de tan importante materia, y continúa el Gobierno sosteniendo á todo trance al Sr. Moret en la presidencia de la Comisión, no obstante su actitud política, hostil al Ministerio, y las reiteradas instancias con que ofrece á todas horas la dimisión de este cargo de confianza.

No parece sino que Sagasta y sus compañeros de Ministerio no acaban de decidirse á considerar como enemigo al fundador de la democracia dinástica, á pesar de haberse convertido en organizador de la izquierda del mismo apellido, y esta singularidad de entregar la defensa del pensamiento financiero del Gobierno al jefe de una oposición parlamentaria, es acaso la que presta fisonomía más característica á la presente situación.

No impide esto, sin embargo, que el Gobierno trate con íntima y casi fraternal confianza á la comisión general de presupuestos. El Ministro de Hacienda acude á ella como si dijéramos de tertulia, y los asuntos más áridos se resuelven allí como en familia.

Con ese natural abandono y amable confianza todavía no ha llegado á averiguarse si el empréstito de obras públicas del ministerio de Fomento figurará ó no en los presupuestos, ni la cifra exacta á que ha de elevarse, ni la garantía con que se levanta. Lo único que se sabe es que el empréstito se hará y que el país tendrá que pagarle en una ú otra forma. Para los tiempos que corren se nos figura que ya es saber bastante.

Aunque el Senado republicano-francés haya desechado en una reciente votación, el insensato proyecto de reducción de los haberes del Clero, contra cuya medida para la que el Gobierno se presentaba escudado con un dictámen del Consejo de Estado protestó enérgicamente á nombre, no sólo de la moral y de la decencia, sino de la misma Constitución Republicana el antiguo ministro de Cuitos de la República Mr. Barthe, continúa sin embargo esta innoble amenaza, suspendida sobre la Iglesia de Francia, y escitando justamente el interés de los católicos de aquel desventurado país, tan pródigos en sacrificios como dispuestos siempre á acallar sus enemistades políticas, si es que algunas existen entre ellos en aras de los fundamentales intereses de la Religión y de la patria.

Las protestas y medidas de defensa contra los libros de enseñanza

oficial no cesan de repetirse, y á la magnitud de ese ataque sin precedentes y sin nombre con que el Gobierno de un Estado católico pretende desterrar de las conciencias de sus administrados, no sólo los principios del Catolicismo, sino aun toda idea religiosa, responde la conciencia individual acatando las decisiones de los Obispos y rechazando no sólo los libros de instrucción primaria en que recordando á nuestro desdichado Marchena, puede decirse que «se enseña el ateísmo por principios,» sino hasta á los mismos profesores, inocentes tal vez del triste papel á que están condenados y que dirigen sus *luminosas* explicaciones á los hijos de los empleados de la República, que por este y otros actos análogos forman clase y aun raza aparte del resto de sus conciudadanos.

Basta recorrer los periódicos de todas opiniones de la nación vecina para comprender el terrible malestar de que es presa á consecuencia de sus repetidos y prolongados errores este pueblo extraordinario, y á quien llamariamos suicida si el suicidio, plaga del individuo fuera concebible como vicio general de las sociedades y de los pueblos.

A los desaciertos de la política corresponden lógicamente los desaciertos de la Administración, y la inmoralidad burocrática con sus inseparables compañeros el soborno, la sollicitación y el cohecho, va corroyendo poco á poco, como implacable cáncer, el admirable edificio administrativo francés, que hasta la fecha se conservaba como gloria nacional, siendo admiración de propios y extraños.

No hace mucho tiempo que un periódico conservador se lamentaba de esta terrible enfermedad, origen de fortunas escandalosas é instigadora de desapoderadas ambiciones. La sed de empleos, innoble manifestación de la sed de riquezas, se extiende á todas las clases, aun las más humildes. No hay pasante de abogado que no sueñe con una cartera, ni contra maestre de taller que no aspire á una prefectura: el afán de serlo todo, justificado en parte por las escandalosas improvisaciones que produce el compadrazgo y nepotismo de los amos de Francia, cunde y se propaga por todas partes, y con tales elementos morales y materiales, con las continuas y repetidas explosiones del odio de los desheredados ó de los impacientes, se va poco á poco preparando una gran catástrofe, que preven todas las inteligencias ilustradas, y para la cual nadie acierta á ofrecer un remedio.

Pero es para nosotros indudable que ese remedio ha de venir. Acaso no venga tan pronto como se espera; acaso no sea tan completo y radical como la gravedad de las circunstancias lo reclaman; pero vendrá indudablemente en aquel punto y hora en que acaso se espere ménos, y de la parte tal vez de quien nadie le espera en los actuales momentos. Los pueblos, que han nacido y vivido á la sombra protectora de la Cruz de Cristo, pueden sufrir largas y dolorosas expiaciones de sus crímenes presentes y pasados, pero la misericordia divina encuentra siempre tiempo y ocasión para regenerarlos por caminos, las más de las veces desconocidos y misteriosos.

Por otra parte, Europa, es decir la civilización cristiana, á pesar de todos sus errores y extravíos, puede querer la humillación de Francia, pero no su disolución ni su muerte. El cadáver de Francia es demasiado grande para que Europa, por propio instinto de conservación, se decida á albergarle en su seno.

Otra vez ha vuelto á presentarse á la órden del día en Inglaterra la cuestión del juramento, produciendo el solo anuncio de un proyecto en que se modificaba la fórmula promisoria, haciendo potestativo el sustituirla

con una simple promesa, nada menos que una votación en que los conservadores derrotaron por tres votos al Gabinete Gladstone.

Por ahora los radicales ingleses, menos afortunados aunque más poderosos que los radicales españoles, no han conseguido la apetecida victoria que aquí entre nosotros han obtenido con auxilio de algunos llamados conservadores, contra la opinión general del país.

¡Lección elocuente que como tantas otras nos dan sin que sepamos aprovecharnos de ella á los conservadores de la raza latina, los conservadores de la parlamentaria, liberal y protestante Inglaterra

Continúa el mal humor del canciller alemán, agravado por los años y pertinaces dolencias, manifestándose en sus relaciones con el Parlamento del imperio, al cual, como de potencia á potencia, envía mensajes casi soberanos, manifestándole su voluntad avasalladora y su superior desagrado, cuando no resuelve á su gusto de consumidor las cuestiones que le somete.

Así lo hizo recientemente respecto de un acuerdo legislativo que, á su juicio, se interesaba en la esfera de acción del ejército, bajo pretexto de destruir el monopolio de la administración militar.

La Cámara acogió con paciencia la cancelleresca reprimenda, pero reservándose para mejor ocasión una oportuna revancha que ha logrado con efecto, rechazando por no insignificante mayoría el dictámen aprobatorio del presupuesto semestral propuesto por la comisión y desechando además el aumento de derechos sobre la importación de madera propuesto igualmente por el Gobierno.

Sin duda piensan los diputados del novel imperio, que para leña tienen bastante con la que descarga de continuo sobre sus espaldas el omnipotente y mal humorado Canciller.

Próximos á terminarse en Moscow los preparativos para la coronación del Czar, todas las correspondencias públicas y privadas, los telegramas y los periódicos de todo el mundo cambian entre sí sus impresiones acerca de los probables resultados de este acto solemne bajo tan tristes auspicios intentado.

Diríase, á creer al pié de la letra los relatos más ó ménos verídicos de los periódicos, que el pobre Emperador, más que á una solemne ceremonia, concurre por primera vez á una gran batalla, y que los invitados á las fiestas han recibido, en vez de un obsequio diplomático, una boleta de alojamiento en un campamento militar.

¡Quiera Dios que los acontecimientos no den la razón á los pesimistas, y que las generaciones venideras, para ponderar el valor guerrero de algunos de sus antepasados, no digan de él que tomó parte activa en la defensa de Zaragoza ó de Gerona, sino que asistió de frac y corbata blanca á las fiestas de la coronación del último de los Romanoff.

Celebrar una fiesta popular en colaboración con los nihilistas, es una idea que no se le ocurriría ni al mismo Sr. Abascal, dado caso que volviera á empuñar la vara de alcalde.

Y á propósito del Sr. Abascal: ¿por qué no piensa seriamente su inti-

mo amigo el Presidente del Consejo en acallar sus iras, confiándole una misión diplomática con ocasión de estas fiestas? Además de que el ex-alcalde de Madrid haría en Moscow excelente papel; la mejor manera de que se enfriase su resentimiento con el Conde de Xiquena sería tal vez que pasase en Rusia una temporada.

S. DE LINIERS.

Madrid 14 de Mayo de 1883.

MISCELANEA.

LIBROS.

Brilló mucho en nuestra patria, casi á mediados de este siglo, un escritor, Enrique Gil, cuya muerte lloran aún los finos amantes de las letras. Sus obras, tan leídas y celebradas en aquella época del 37 al 44, en que clásicos y románticos palmo á palmo se disputaban el cetro de la literatura; dormían el sueño del olvido, pero de hoy más, ya no sufre por esto grave detrimento la justicia. Los Sres. D. Joaquin del Pino y don Fernando de la Vera é Isla, grandes amigos del malogrado publicista con plausible desinterés y con raro espíritu de sacrificio, han editado las obras en prosa del conspicuo autor de *El Sr. de Bembibre*. Avalora no poco esta reimpresión, el luminoso prólogo, muy bien escrito, y todavía mejor pensado, que lleva al frente, escrito por el Sr. Vera é Isla, el cual no se limita, como es uso entre los prologuistas que hoy se estilan, á borrajear cuatro vagas generalidades y otras tantas frases hechas, sino que con envidiable instinto crítico acierta á distribuir con equidad el aplauso y á fallar sesusadamente sobre el escritor, y sobre la época en que dió este á luz sus producciones.

Más quisiéramos decir, acerca de la reimpresión de que hablamos, añadiremos tan sólo que consta de dos tomos voluminosos (1) impresos con aquella nitidez y esmero con que salen los libros de casa de la viuda é hijo de Aguado.

* * *

Al propio tiempo que las obras de Enrique Gil, recibimos otro libro, en el cual ha coleccionado sus *versos* el mencionado Sr. Vera é Isla. Como los lectores de la REVISTA DE MADRID han tenido ocasión de juzgar por sí propios el mérito altísimo de las poesías del Sr. Vera, nos limitamos á enviar nuestra enhorabuena y las gracias por habernos regalado sus *Versos* á este hijo predilecto de las musas.

En casa del Sr. D. Hector Varela, distinguido orador y literato de grandes merecimientos, reuniéronse pocos días há varias personas de di-

(1) El precio, *siete pesetas* tomo.

versos partidos políticos, pero todas animadas del más fervoroso patriotismo, las cuales discutieron y aprobaron las bases de un proyecto que tiende á estrechar los vinculos de fraternidad literaria que deben unir á España con América. Sin ningun linaje de reservas (en casa del Sr. Varela hicimos las que exigia nuestra conciencia), aplaudimos desde aqui el gallardo desinterés y patriótico entusiasmo de que hicieron alarde cuantos asistieron á la junta, la cual terminó con un espléndido *buffet* con que el Sr. Varela obsequió á sus amigos.

La Unión, de Buenos Aires; *El Estandarte Católico*, de Santiago de Chile; *El Diario de Avisos*, de Caracas, y otros periódicos muy estimables de las Repúblicas Americanas, consagran artículos y sueltos, por todo extremo lisonjeros, á LA REVISTA DE MADRID. Es para nosotros muy halagüeño vernos honrados con el aplauso de tan valientes adalides del Catolicismo. De todo corazón les devolvemos nuestro entusiasta saludo.

En la *Revista de Alcoy*, benemérita publicación católica, hemos leído en su último número un notable artículo escrito por su digno director el celosísimo Sacerdote D José Gisbert, acerca del proyecto que se agita de crear una sociedad filantrópica, titulada *La Fraternidad social*. De todas veras recomendamos á nuestros amigos la lectura de la *Revista de Alcoy*, que siempre trae interesante y provechosa lectura.